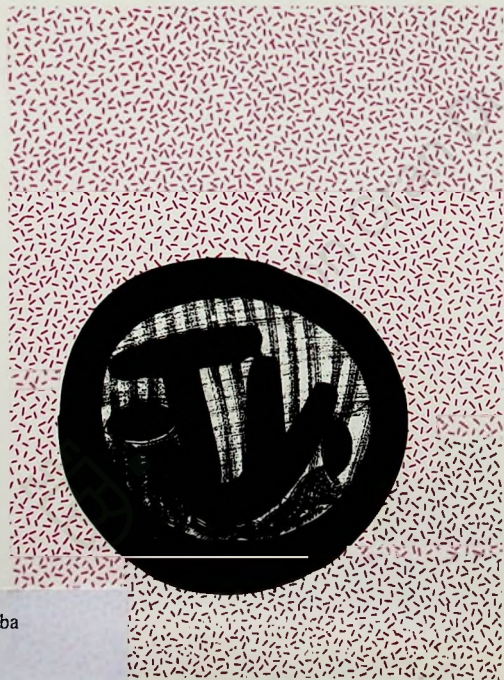


JESÚS GONZÁLEZ MÍGUEZ

MI CUENTA ATRÁS



Jesús nació en Avila. No sólo es un dato biográfico sino un signo importante de identidad (esa unión con los orígenes que viene a suponer una forma de simbiosis íntima y profunda, un intercambio de vivencias que una ciudad como la nuestra es capaz de conferir en sus habitantes como estigma y signo permanente) y su abulensismo se traduce, en este libro, en el escenario natural e interior de toda la narración que fluye por dentro, que va más allá de las palabras.

Porque estas páginas son, esencialmente, el relato de una verdad sentida y padecida, sobre todo padecida, hecha desde la órbita donde la vida nos pone en juego, nos prueba y nos marca para siempre.

Como todo fantasma, como todo espectro persecutorio, la forma más habitual de quitármolo de encima es cargádoselo a los demás. Y esta fórmula poco ortodoxa pero muy eficaz es lo que ha hecho que Jesús desempolve sus manuscritos, los ponga al día sin traicionar nada de lo que en su momento movió su escritura, y nos lo eche en nuestras espaldas, o en nuestros corazones, o donde queramos situarlo: él se queda más tranquilo y el lector, desde su complicidad muy necesaria, conoce un poco más a su autor, se acerca mucho más a la persona que, indeleblemente, va pareja a la experiencia que nos ha contado.

Leer este libro es un acto de amistad, un acercamiento estrecho y poderoso, un tirón de manos muy auténtico...

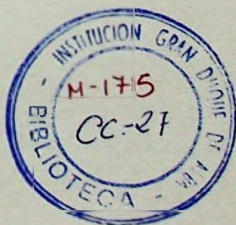
Jesús nació en Avila. Es maestro de profesión. Amigo de sus amigos (como se dice tantas veces, como es tópico decir) pero con una pincelada distinta y diferente: hay en él una sincera vocación de comunicar, de contar sin miedo, de transferir, sin prejuicios, lo más íntimo de su ser y de su existir. Y eso se nota en esta entrega y se nota, sobre todo y por encima de todo, en su trato cotidiano, en su sencilla-estrecha-franca capacidad de dar. Todo va unido, relacionado, intercomunicado (como debe ser), y desde esa perspectiva de totalidad, este libro es un trozo más de esa vida y de esa memoria tan verdaderas.

Cuando se cierra la última página, casi sólo podemos decir, con emoción y con firmeza:

He aquí un hombre.

José M.ª Muñoz Quirós

 Institución Gran Duque de Alba



JESÚS GONZÁLEZ MÍGUEZ

MI CUENTA ATRÁS



Institución Gran Duquesa de Alba

CONSEJO DE REDACCION:

Carmelo Luis López (Director).

Jacinto Herrero Esteban.

José M.ª Muñoz Quirós.

Luis Garcinuño González (Secretario).

I.S.B.N.: 84-86930-12-X

Depósito legal: Av. 233-1989

Imprime: Gráficas Carlos Martín, S.A. - Pol. Ind. Las Hervencias - AVILA

PRÓLOGO

(Al libro *Mi cuenta atrás* de Jesús González Míguez)

En este libro se cuenta la historia real de una muerte anunciada. No ha habido premonición en el anuncio. Jesús oyó el frío dictamen de boca de la misma ciencia, del doctor que lo trataba. Al parecer no había vuelta de hoja.

Escrito bajo la sensación de esta estremecedora noticia, el libro sale a la luz veintinueve años después. Es éste un hecho a tener en cuenta; detrás de lo que se escribe está la atmósfera que respira esa época; atmósfera, la de entonces, que para hoy resulta extraña. Pero la historia no se inventa. La historia ocurre. Así, Jesús, inmerso en esa atmósfera, no puede escapar a su proyección en el libro.

Cuentan estas páginas la angustia, la soledad, la impotencia, el sentimiento de la propia debilidad, de los días que preceden a una operación a corazón abierto. El protagonista se entera de manera fortuita, a pesar del sigilo de la familia y del médico, diez días antes de la operación, de que las posibilidades de supervivencia son casi nulas.

Cuando antes he dicho que hay que tener en cuenta que se publica el libro veintinueve años después de ser escrito, la advertencia es válida. Me imagino que Jesús, de buena gana, hubiera rehecho muchas páginas de este relato. Leídas ahora, la tentación era inevitable. Hay épocas que ruborizan. Pero, tras de este primer impulso, el respeto a las circunstancias en que fueron escritas, a la sinceridad con que se registraron los sentimientos y pensamientos de esos diez últimos días y dado que, por mucho que deseemos lo contrario, la vida de cada uno es como es y la época en que transcurre no tiene vuelta de hoja, Jesús dejó intacto

to el texto primitivo. Las ideas que han pasado por nuestra cabeza, quizá producto de una época, quizá de una circunstancia excepcional —la inminencia de la muerte— han sido ésas. «Fue así y punto», dice Jesús.

Superada esta primera tentación de hacer una cirugía estética a las ideas del libro —un acto de respeto hacia sí mismo (pienso que el único pecado que puede cometer el hombre es el de no aceptarse, los demás son pecadillos, gozosos pecadillos) y hacia la historia— las cosas quedaron como estaban. Y debemos agradecer a Jesús que no se dejase llevar de esta tentación porque hubieran desaparecido las huellas de un tiempo que fue así. Nos ha dejado, pues, un testimonio vivo de los vientos ideológicos que se respiraban.

Hoy sería chocante que alguien dijera cosas que aquí se dicen. Yo mismo, cuando he leído de nuevo estas páginas, he sentido el estremecimiento de algo desagradable que todavía sobrenada en la conciencia, la sensación de gozo y de miedo, mezclados incongruente y oscuramente. Así nos moldeaba la cultura: el gozo tenía el sabor de pecado; pensar devenía en herejía; ser libre podía significar un vuelo sin retorno. Los más agradables ríos iban a desembocar, inevitablemente, en el infierno. Hay que agradecer a Jesús que el cambalache en el que nos montaron la ideología ambiental que todos respiramos, quede reflejada en su libro.

Hay también, cómo no, una evocación a la ciudad de Avila. Es una evocación transida de melancolía. Jesús determina dar un último paseo por ella. En este paseo de los adioses recuerda hechos alegres que le ocurrieron y, sobre todo, hace notar que la presencia de la ciudad irá difuminándose hasta perderse en ausencia absoluta.

Acostumbrados desde pequeños a nuestra ciudad, nunca pudimos experimentar ese impacto que debe producir su visión primera a los que vienen de fuera, nos vemos privados de ese golpe de vista con que posiblemente debe sorprender a los nuevos ojos que la miran.

La ciudad que Jesús evoca es esa ciudad que se descubre en edad temprana mirando horizontalmente, esa ciudad de escaparates, de pastelerías, de las plazas y de los jardines donde jugó; también evoca esa otra ciudad que se descubre después cuando se echa la mirada hacia

arriba, hacia sus torres, sus almenas, sus espadañas... Estas evocaciones llevan el sello de vecindad, de proximidad, que hace entrañable cada rincón. Los edificios, las calles, los jardines, además de ser hermosos, son amigos, familiares, emocionantes...; algunos rincones hasta se animan de una sonrisa.

Cuando se llega a otra ciudad la puedes encontrar muy bella, pero también extraña, fría y hasta, cogidos por la melancolía, deshumanizada. A nuestra ciudad la tenemos domesticada, usada, a nuestro servicio. Es como un animal grande y manso que por todas partes nos acompaña y desborda, nos proporciona seguridad, soporta nuestros juegos y nuestras vidas. Y, a diferencia de nuestra casa, no nos vigila, más bien nos produce una sensación de libertad.

Existen dos libros que tienen como protagonista la ciudad de Avila o, al menos, la ciudad incide de manera indeleble en sus personajes. Me refiero a «La Gloria de Don Ramiro» de Enrique Larreta y a «La sombra del ciprés es alargada» de Delibes. En ambas se destacan dos líneas paralelas en el tratamiento de la ciudad. Una es la de proclamar su belleza única. Son muchas las citas que en ambos libros podrían certificarlo. Elijo una de cada libro para no recargar este prólogo.

«Hubiérase dicho que la ciudad se hacía toda armoniosa, metálica, vibrante, y resonaba como un solo bronce». Larreta.

«La ciudad amurallada se recostaba sobre el fondo rosáceo del cielo con toda su impresionante altivez de reliquia donde se amontonaban los siglos en portentoso equilibrio». Delibes.

La otra línea subraya que esta historia acumulada durante las edades es una pesadumbre para sus habitantes.

Don Ramiro piensa en cierto momento:

«... ciudad cárcel, donde todo impulso generoso topaba con muros más agobiantes que los que retajaban el escaso recinto de la ciudad...»

Y Delibes hace exclamar a Alfredo desde el solemne promontorio de Los Cuatro Postes:

—«No, no me gusta esta ciudad. Esta ciudad es aburrida, se cae de vieja».

Coincide Jesús, protagonista de carne y hueso en *Mi cuenta atrás*, con esta visión bifurcada de la ciudad. Destaca la belleza de sus rincones, a los que se siente unido en una especie de comunión, de relación casi física. Y también, en la otra línea, piensa que lejos de la ciudad, en alguna parte, habita posiblemente la felicidad. Siente un anhelo de escapar a esta especie de encerramiento.

El título del libro, *Mi cuenta atrás*, tiene que ver con la época en que se escribe. El lanzamiento de cohetes capaces de salir al espacio exterior, escapando a la fuerza de la gravitación, tuvo su comienzo y su mayor sorpresa por los años sesenta, cuando se escribió el libro. El despegue de estos maravillosos artefactos comenzaba, y comienza aún hoy, al término de «la cuenta atrás». Ciertamente, llegar al momento «cero», produce escalofrío: da la sensación de haber llegado a la terminal del tiempo. En ese punto empieza lo desconocido, la misma «cuenta atrás» produce una sensación de fatalidad de la que, una vez iniciada, parece imposible salir, o al menos parar. Todas estas connotaciones lleva dentro el título del libro. El «día cero» del autor es la inminencia de la operación, el momento en que se baraja su destino.

Creo que la mayor importancia, el mayor acierto, de la novela, es el planteamiento de la escritura y de la reflexión como terapia. Al conocer la noticia y meterse en el largo túnel de estos diez días, Jesús decide someterse a una estricta disciplina de reflexión. Pero este tratamiento hubiera sido, quizás, contraproducente, esquizofrénico, si el pensamiento hubiera discurrido sin el cauce de la escritura. Por eso agarra al pensamiento por la crin y lo somete a pasar por el fino trazo de la escritura, lo domestica. Ha domeñado el posible caos.

La naturaleza tiene mecanismos casi infinitos de autodefensa. Y en este caso ha convertido a la escritura en una ceremonia casi mágica para ir en ayuda de ese corazón en peligro. Y esto se lo plantea con tal rigurosidad como si estuviese escrito en el código de su naturaleza, que no falta a la cita con la escritura ni una sola noche. Desde ese momento los días no serán más que un transcurrir de hechos para después, por la noche, en un acto de amor a la vida, amasarlos, ordenarlos y plasmarlos

en las cuartillas. Los actos del día se proyectan por la noche en la linterna mágica de la reflexión y el análisis. Así desenreda la angustia enredada en su alma y la enreda en la blanca cuartilla por medio de la escritura. Allí queda diseccionada en las temblorosas letras; allí queda dominado el caos que podían ser sus últimos días. Y todo con la rigurosidad de ir en ello la vida. ¿Qué consigue? Nos apercibimos de que en el transcurso de los días Jesús pasa del pánico a la lucidez. Y la persona que sólo diez días antes era la pura debilidad, se ha organizado para poder llevar, en el día «cero», la voz cantante entre sus familiares, y convertir lo que todos interpretaban como una posible despedida definitiva en una tertulia amena, capaz de romper y disipar la cargada atmósfera en que se desarrollaba.

En ese día hace alarde de tal dominio de las circunstancias que no le importa —él, tan fino en asuntos de educación— mandar literalmente «a paseo» a su familia. Con ello consigue ser el dueño de las riendas de su tiempo, demostrarse a sí mismo que no es tan débil y terminar, con verdadera unción, la ceremonia de la escritura, rematando su diario en la hora «cero» y el día «cero» con frío cálculo. Estas circunstancias, sin él buscarlas conscientemente pero sí conducido, quizás, por el instinto, fueron las mejores para el éxito posible de la operación.

Otro componente de esta pasión última por la escritura es la de, si muere, al menos pervivir en los lectores. Es otra forma de vida, si no real, sí menos terrible que la nada. Como dijo Jorge Manrique:

«Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera.»

Pero, al fin, una forma es de seguir viviendo.

Y ya, como final de este prólogo, decir que no sé si habrá servido para algo. Espero, al menos, querido lector, que no te haya quitado las ganas de seguir leyendo. Mi deseo era, puedes suponerlo, de signo con-

trario: he querido suscitar tu interés por lo que en el libro se cuenta. Si de algún modo, aunque sea en pequeña escala, lo he conseguido, me doy por satisfecho. Y, sobre todo, aleja de mí el temor de haber sido inútil. Muchas gracias.

Avila, julio-1989

Ovidio Pérez Martín

DIEZ

El equilibrio se rompe, la serenidad huye, los nervios se engarrotan y todo mi ser parece crisálida bajo el impulso de la próxima muerte. Ante ella mi espíritu se rebela, y ante ella mi pluma quisiera cantarte un himno de dolor íntimo, de triste pesar y de suerte negra; un himno que hablara de vida y de muerte y que llevara a tu espíritu toda la melancolía del que no tiene esperanza. Y es ahora, cuando mi alma tiene oscuridad y silencio, cuando el crepúsculo anochece el corazón, cuando las nubes se ciernen sobre el espíritu y Dios mortifica a los hombres, el momento justo en que quisiera dar a mi prosa toda la emoción y elegancia que el Parnaso ha querido negarme. También quisiera tener tu compasión, tener la compasión de todo el mundo y fortalecido con ella pasar a la eternidad con la sonrisa en los labios; pero no tengo nada, y mi muerte será triste y silenciosa; será la muerte de otro, de uno que tú ni siquiera conocías y al que no debes llorar. Por eso me duele el alma y por eso quiero tu compasión y tu llanto, y por eso mi pluma buscará lágrimas de hombre en lo más recóndito de la humanidad.

Recuerdo que cuando era niño el mundo me parecía blanco, de un blanco purísimo y de una alegría inmensa: todas las cosas destilaban bondad y todos los hombres eran felices. Mi visión infantil había transformado el valle de lágrimas en el paraíso, y anhelaba que pasaran los años para hacerme un hombre y poder gozar más. Qué ajeno a la realidad me movía y qué revés me atizó la fortuna cuando llegando la juventud la enfermedad mordió mis carnes, para transformarme en un viejo cansado y triste. A partir de entonces todas mis horas fueron grises y todos mis sueños se derrumbaron poco a poco, día tras día, merced a

esa realidad que tan cruelmente se había impuesto. La esperanza fue desapareciendo en pequeñas dosis y quizá todavía me quedara alguna. Si esta mañana no hubiera recibido noticia de la operación que acabará conmigo.

Hace unos días, harto ya de sufrir, y sin poder esconder por más tiempo las miserias de mi organismo, decidí hacer partícipes de mi tragedia a las personas que más quiero: a mis padres. Pasados los primeros momentos de turbación y congoja, de sentimiento y reproches, atravesé por mi casa un torbellino de actividad: visitas de médicos, análisis, tratamientos, consultas, idas y venidas de especialistas, dentro, todo ello, de nuestras limitadas posibilidades, que dieron por resultado la necesidad de una inmediata intervención quirúrgica. Eso es lo que me han dicho y no se han atrevido a ocultarme; pero la casualidad ha querido que, sin culpa de nadie, por haber olvidado el reloj en la sala de electrocardiogramas, me enterase por boca del doctor de las escasas posibilidades de éxito que poseo. Iba a vestirme a otra habitación y me volví por el motivo antes indicado. Ya estaba casi cogiendo el picaporte, cuando oí la voz de mi madre:

— Pero doctor, ¿realmente es tan peligrosa?

— No le quepa duda señora: existe una débil esperanza, pero lo más racional es que se vayan poniendo en lo peor. De lo que estamos completamente seguros es de que, si no se le opera, no verá terminar el mes próximo. Así que ustedes deciden; pero es la única salida que les queda.

Sería imposible definir las sensaciones que se agolparon en mi cerebro: fue un shock tan brutal que pareció dejarme como aturdido: un borbotón de sangre se me subió a la cabeza nublándome la vista, y ya creí que iba a perder el conocimiento. Sentí el impulso de entrar y decirles que lo había oído todo para gozarme en su sorpresa y mi astucia: que no era tal, sino simple coincidencia. Pero este deseo sólo duró unas décimas de segundo; me di cuenta de que jugaba con las cartas boca arriba y que esa ventaja siempre la tendría. Tiempo habría después para madurar los planes que tan locamente se iban agolpando en mi cabeza.

La precipitación no es buena consejera y pude darme cuenta de que no había prisa. Hubiera sido un golpe muy efectista a la par que desafortunado. Por el contrario, pensé luego que no había necesidad alguna de darme por enterado. Creo que fue en ese mismo instante cuando me formé el propósito de no revelarlo nunca. Sería mi secreto íntimo, mi dolor oculto, la prueba de mi madurez. Bastante tenían con mi desgracia, como para andar haciendo alardes de ella.

Todo esto se desarrolló en un minuto escaso y yo seguía junto a la puerta con los pies clavados al suelo, conmocionado y aturdido todavía. Sólo el pensamiento de que me pudieran coger in fraganti me hizo volver a la realidad: desanduve lo andado, me vestí y con aires de inocencia entré otra vez, como si no hubiera pasado nada. Y ha sido en ese momento cuando me han comunicado que la operación se llevará a cabo dentro de diez días.

Y es aquí donde mueren mis horas grises y también aquí donde nacen mis horas negras... mis días negros, diez días sin esperanza, avanzando hacia la muerte, hacia un quirófano que me espera con el filo del bisturí abierto, para después cerrarle sobre mi débil corazón.

Pero la muerte no me asusta, ni me asusta el dolor. Sólo la angustia de vivir me causa miedo. Y quisiera que estos días pasaran en un soplo, que el día señalado fuese hoy y que ya la anestesia dominara mis sentidos. Así no tendría que pensar ni sufrir, ni tendría que beber el final poco a poco, sintiendo el amargor de los últimos días; ni mirar el tras-mundo con la visión atormentada de un condenado a muerte. Sólo a eso obedecen mis lamentos y sólo por ello me brillan los ojos y me tiemblan las manos. ¿La muerte...? Es preferible a esta maldita existencia; bienvenida fuera si hoy mismo llegase. ¿Acaso he sido feliz en mi vida? ¿Se puede ser feliz teniendo enfermedad en el cuerpo y soledad en el alma? Creo que pecaría de ridículo si a estas alturas me dejara asustar por la muerte. No es ella quien hace vibrar a mi pluma; quien así la empuja es el último grito de soledad que lanza mi alma, el último esfuerzo de la voluntad por conseguir el calor humano que me falta.

La humanidad no me ha reconocido y quiero mandarla mi reproche

en forma de testamento, un reproche que será tanto más sincero cuanto que ya no queda tiempo para formalismos ni divagaciones. No creo que en tan corto plazo me sea compensada esta sincera actitud de abrir mi vida y cerebro sin reservas. Sólo aspiro a que ya que no supisteis de mi vida, sepáis siquiera de mi muerte, para que perdure en vuestro recuerdo mi pequeño drama.

Los últimos días de una existencia tienen sabor de novela, tienen una visión del mundo más subjetiva y filosófica, tienen algo de irreal y amargo que, indudablemente, resultará interesante. Por eso voy a volcarme sobre estas cuartillas y a mostraros todos los estados anímicos por los que es inevitable pasar en estos días. Os prometo que acudiré puntualmente a la cita para contaros los sucesos más interesantes de cada día, mis pensamientos, mis ilusiones, si quedase alguna. Quiero con ello dejar la huella de mi paso por la tierra, quiero la compasión del mundo, ya que el mundo no sabría darme otra cosa.

Siento tan sólo que la pobreza de mi estilo no pueda aspirar a ser immortalizada; pero me anima y fortalece en esta empresa la posibilidad que existe de lograr suplir la belleza por la emoción y sinceridad con que quiero expresarme.

Y llegando a este punto no hago sino preguntarme qué escondidos resortes invitan al alma a portarse tan neciamente. ¿Por qué buscará el honor y la gloria con ese afán tan desmedido? ¿Por qué, sin ningún provecho y aún a costa de grandes trabajos, desea coronar la fama y rodearse de popularidad? Concretamente en este caso no logro saber por qué razón quiero que sepáis de mí, si ya estaré muerto; ni logro tampoco explicarme esta emoción al coger la pluma y escribir renglones y renglones; ni sé por qué me esmero y regocijo en lo que, a fin de cuentas, viene a ser un libro póstumo. ¿Acaso me va a reportar alguna ventaja...?

Tan sólo escribe un alma, un alma tonta que quiere reprochar a la humanidad, como si a la humanidad la importara su reproche, un alma tonta que quiere honores y compasión, como si eso fuera a decidir su destino; un alma... cuyo sonido sólo se oirá después de volar a otro mundo. Por eso los hombres razonamos poco y nos llenamos de vanidad y

orgullo a la mínima ocasión, subiéndonos en un pedestal, antes que saciar nuestro apetito. Con cuánta más cordura actuaríamos, quizá, si nos quitaran el alma. ¿No estaría yo mejor en la cama, reponiendo fuerzas, que gastando energías tan a lo bobo...? ¡Ah!..., pero soy un hombre, y no puedo renunciar a decir las cuatro verdades que el alma quiera dicitarme. Soy un hombre, y apetezco un sepulcro de laurel, aunque por lograrlo haya de velar hasta el último día; soy un hombre que, por escalar la gloria, no puede retroceder ante el dolor de pensar, ni ante la salud de los últimos días, ni siquiera ante la locura de estrujar el cerebro. Y pensar que por esto nos llamamos hombres... ¿No resulta un poco ridículo que, precisamente por ser superiores al resto de los animales, nos portemos a veces con tanta necedad? ¿Quién me mandará trasnochar y afanarme por algo que, probablemente, no pasará a letras de molde...? ¡Necia sensibilidad herida que busca compasión y recuerdo!

Desde luego el plazo de vida que tengo, caso de no operarme, es muy pequeño; pero considero que la decisión, en último término, debiera tomarla yo, máxime si consideramos las dificultades que encuentran los médicos para conseguir una intervención acertada. No obstante, pienso que quizá no merezca la pena prolongar los últimos días, dado que el sufrimiento iría en aumento y el dolor llegaría a hacerse insoportable. Es mejor acabar en el quirófano llevando una pequeña esperanza que agonizar poco a poco sin tener siquiera una posibilidad de sobrevivir.

Si sólo Dios puede disponer de la existencia, ¿con qué derecho, ni los doctores, ni el propio interesado, se pueden atrever a correr el riesgo de perderla? Mejor entonces que la responsabilidad de lo que ocurra descance sobre costillas ajenas. La decisión ha sido tomada sin tener en cuenta la opinión que yo hubiera podido dar, de haber conocido todos los datos del problema. Allá cuidados...

Preguntaba yo hace un momento por el derecho de arriesgar la vida. En este caso está ampliamente justificado, ya que la pretensión es alargarla, aunque el medio a emplear lleve consigo el peligro de perderla.

De más difícil solución y problemática me parecen otras cuestiones que surgen paralelas a mi pregunta, aunque con un carácter mucho más

universal e interesante: ¿Puede el hombre matar al hombre? Quiero decir: ¿se debe aplicar la pena de muerte? ¿tienen las naciones derecho a la guerra? Pensad que estoy hablando en términos generales sin mirar ya la culpabilidad o inocencia del acusado, ni el ataque o defensa de un territorio. Pienso tan sólo en el lujo que los hombres se permiten al destruir vidas que Dios ha creado. Considero también la fuerza del escarmiento que supone en la sociedad la última pena, y el respeto de unos pueblos a otros ante la amenaza de guerra. Pero mirándolo friamente, con el atenuante de ser en aras del bien común o en defensa de los intereses nacionales, ¿no cae el mundo en el mismo crimen que condena, cuando permite que los hombres mueran en combate o cuando ajusticia a un condenado...?

Desde mi punto de vista, considero a la vida tan sagrada como para que nadie, bajo ningún concepto, pueda disponer de ella. Paso por la cadena perpetua y la creo necesaria y justa, admito también el aislamiento de todas las naciones para con aquellas que destaquen por su belicosidad; pero no creo que el crimen acabe con el crimen, ni la guerra con la guerra.

Desde luego este es un tema lo suficientemente extenso y complicado como para tratarlo con más amplitud y cuidado del que yo lo he hecho. Pero ha salido así, a vuela pluma, y no he podido resistir la tentación de esbozarlo en sus líneas más generales. Cada uno tendrá su visión particular sobre el asunto, y el respeto que me merecen las opiniones ajenas hace que considere la mía como una más, ni mejor ni peor, pero sí lo suficientemente sólida como para que pueda ser tenida en cuenta.

Mi vida se acaba, y el solo pensamiento de que fueran los hombres y no Dios los que terminaran con ella, bastaría para acrecentar el sufrimiento, la impotencia, el odio y la angustia, hasta el punto de sentir más estos sentimientos que la propia muerte.

Acabo de releer estas líneas, alborotadas y confusas, y he notado que ellas no pueden ser, ni en principio, aquello por lo que yo quisiera haber empezado esta historia. Quizá sea debido a la enorme trascen-

dencia que para mi han tenido estos momentos, o quizá a la depresión que sigue a una noticia como la que he recibido esta mañana; pero el caso es que, muy a mi pesar, lo voy a dejar así, porque son las tres de la mañana y me es necesario descansar. He notado también que algunas veces parece que me contradigo en ideas y opiniones: si lo habéis advertido, no creáis que pretendo engañaros haciendo una historia artificial. Ocurre tan sólo que la noticia me ha desequilibrado un poco y por ello mi razón se sugestiona de tal forma que llega a creerse todo lo que quisiera creer. Por eso me obligo a decir otra vez algo que ya dije antes: «Si este libro pecase de alguna cosa más que de estar mal escrito, indudablemente sería de sinceridad».

Y ahora sí, me abandonan las fuerzas y quiero despedirme hasta mañana, que volveré otra vez a estar con vosotros.

CÁNTICO

El mundo de cristal se ha roto; vuelan los pájaros negros del alba sobre las ilusiones de los niños y en el horizonte se desdibuja una línea de recuerdos. El cielo se ha encapotado y ya nada asoma a los ojos del hombre que pueda revestirse de arco iris.

Acosaron su espíritu las tinieblas, cerraron su vida diez hojas de otoño y hay fuego en el alma...

Se muere la bestia; agoniza su carne; pero el ángel eleva su espíritu buscando la gloria y el batir de sus alas enciende la hoguera que siempre perdura: ya somos antorcha, nos estamos quemando en la pira sagrada de la eternidad...

El eco profundo que dejó ante la muerte sacudió los mármoles, despertó a las sombras y abrió los grilletes de la fantasta poblando de espectros el camino final.

Contad sus latidos, medid su potencia y habréis de llorar en la aurora, que viste de luto al silencio, ausencias de muerte, gemidos del alma...

El peso de la desgracia desplomó sobre su frente todo el infinito de las injusticias, y siente en su carne los pecados del mundo. Te pide una lágrima que engrose el caudal de su pena hecha torrente, cascada, manantial...

Su corazón de poeta, en el ocaso, quisiera hacerse como el corazón del mundo, y fundir su musa con todas las musas, para daros, con su propia mano, el agua que inunda su espíritu.

NUEVE

Lo prometido es deuda y aquí estoy dispuesto a pagarla, gustoso de hacerlo y nervioso por empezar.

Ya sólo quedan nueve días. Antes de seguir adelante quisiera daros una visión de mi pasado y de mi ciudad. Lo considero de vital importancia para que, haciendo pie en ello, podáis medir más cuerdamente mi estado de ánimo y quizá, quizá, reacciones posteriores.

Nací hace veinte años en la ciudad de Avila, haciendo el número dos de una lista de ocho hermanos. Mis padres, maestros nacionales, nos educaron a todos con la lógica rectitud que da la profesión. Mi infancia se desarrolló toda en un cargado ambiente familiar, y son pocos y confusos los recuerdos que tengo de esta época de mi vida. Después llegó la niñez y, con ella, la satisfacción de encontrar amigos, unos buenos amigos que armonizaban con mi carácter soñador y aventurero. Un poco más tarde, y llevando la contraria a mis padres, me aficioné al barrio, a sus juegos nocturnos, a sus alegres voces, a sus pedreas y combates de esgrima, a los asaltos de frutas y, también, a aquellos fabulosos cuentos que sentados a la puerta relataba un vecino a toda la chiquillería que se congregaba en torno a él. ¡Qué noches más dulces aquéllas...! Cómo mi sensibilidad baña en lágrimas estos recuerdos, qué cercano parece todo y qué tristeza siento pensando que aquello no pueda volver.

Luego empecé el bachillerato y, muy poco a poco, me fui distanciando de la pasada niñez, a la par que el estudio, la reflexión y el amor a las letras y las artes iban llenando mi espíritu con otras inquietudes.

Fue en esta época cuando ocurrió el suceso que, a la larga, habría de

reconocer como más trascendental de mi existencia; sin lugar a dudas el que ha dado pie para escribir estas cuartillas: el comienzo de mi enfermedad.

Estudiaba cuarto curso y era ya el mes de mayo. Hacía calor y unos cuantos compañeros pensamos hacer una excursión al campo. Decidimos ir hasta el puente de Salamanca, llamado así por ser paso obligado del tren que llega hasta esa ciudad, a una distancia aproximada de cinco kilómetros en dirección a la parte norte de Avila.

A las tres de la tarde nos reunimos en la explanada de San Vicente, sitio que, de antemano, habíamos fijado como punto de partida, y a las tres y cuarto iniciamos la marcha llenos de alegría. No habíamos recorrido ni siquiera tres kilómetros cuando comencé a notar una opresión dentro del pecho, parecía que me faltaba el aire y las piernas no me respondían. Las palabras salían entrecortadas por efecto de la fatiga y comprendí que mi debilidad ya no solamente me impedía correr, cosa que ya sabía, sino que también era la causa del cansancio experimentado en este paseo. Como los síntomas iban en aumento y sentía, además, una terrible vergüenza de mi impotencia, me fui quedando retrasado y aproveché el momento en que el grupo trasponía una loma para ocultarme detrás de una piedra. Allí quedé de pie, respirando a grandes bocanadas y rumiando la triste realidad: era un pelele al que unos kilómetros habían destrozado.

Lo que en aquellos momentos me parecía más importante era buscar una disculpa que alejara de mí toda sospecha de haber quedado exhausto. Algo tan sencillo como eso tenía entonces una gran dificultad. No era capaz de pensar y, tras intentarlo durante un buen rato, sólo se me ocurrió decir que había visto cómo una zorra se metía por el hueco que dejaban unos peñascales cercanos. Gracias a Dios la solución llegó cuando habiéndose dado cuenta de mi falta, algunos volvían sobre sus pasos y los demás me llamaban a grandes voces. Les hice señas con las manos indicándoles el agujero. Vinieron los demás y todos de acuerdo decidimos cazarla. Naturalmente ni ahumando la cueva, ni cubriendo todas las salidas posibles, ni voceando a más y mejor se pudo conseguir

el menor rastro de la zorra. El caso es que había pasado una hora y había conseguido, además, que nos quedáramos en el teatro del suceso; y como era el sitio ideal para jugar a los indios, haciendo el indio pasamos el resto de la tarde.

Al anochecer, encendimos fuego, y en torno a él estuvimos charlando casi una hora. Sin orden ni concierto se contaban chistes y anécdotas, poniendo cada uno su granito de arena. Por mi parte me acuerdo que hice alarde de un humor que desconocía, de un humor macabro, grosero en su mayor parte: era el tinte que la realidad ponía en mi boca al querer disimularla. De noche ya, les narré «El gato negro» de Aland Poe con tal pasión que logré asustarles. Volvimos con las estrellas en lo alto, más despacio que al ir y completamente en silencio. Creo que pensaban en la horca y el postrer aullido del gato. Si alguno hablaba, volvía al mutismo sin obtener contestación. Más que niños parecíamos hombres, quizá conspiradores.

Por mi parte, me observaba atentamente: veía crecer el cansancio y la angustia. Estaba confirmando la suposición de que era un pelele. Pero había decidido no ceder. No abandonaría, a menos que el Altísimo me hiciera perder el sentido, cosa que, por otra parte, ya no dependía de mi voluntad. A medida que andaba, observaba curiosos fenómenos que, pasando el tiempo, me habrían de parecer naturales: veía moverse el camino, venía hacia mí, yo sólo levantaba los pies y él aprovechaba para pasar. Otras veces era al revés, daba grandes zancadas y sólo conseguía quedarme en el mismo sitio. Al final logré sobreponerme: todo mi ser quedó reducido a una máquina, a una musculosa máquina que era alimentada por la obsesión de andar. Mi cerebro se había embotado y no discernía el por qué de nada; pero caminaba, caminaba insensible, callado, lento y torpe, quizá por espíritu de imitación, quizá por instinto. Sólo puedo afirmar que la razón no regía mis pasos y que mi sufrimiento era animal y sordo, zumbante e impropio de los humanos.

A partir de ese día, y hasta llegar a hoy, ¿cuántas veces habré caminado así o de forma parecida, pero siempre con la constante del dolor y

el temor de ser descubierto? Nunca me he considerado vencido: siempre he salido de casa con la esperanza de la súbita mejoría y, por ello, la vida me ha colocado en situaciones difíciles y penosas. No me he resignado a ser quien era y me he destrozado en compañía y contra una humanidad sana e ignorante de mi caso.

Este ha sido a grandes rasgos mi pasado, un pasado cualquiera, carente de emoción y sin más interés que el que haya podido prestarle una enfermedad que me ha transformado en un ser desconfiado y triste.

Ahora voy a hablaros de esta ciudad a la que conozco y amo tanto como a mi mismo: tanto, que parece formar parte de mi ser y que sin Avila no sería nada. En ella ha transcurrido toda mi existencia: en Avila mientras nieva allá por los meses de enero y diciembre, y en la Avila ardiente de julio y agosto... año tras año y día tras día. Puede decirse que hemos crecido juntos y que ni siquiera la muerte podrá separarnos: su tierra guardará mi carne y mi espíritu su recuerdo.

Bueno, voy a concretar: forman mi ciudad un pequeño conglomerado de gentes agrupadas en el centro de España y elevadas sobre el resto de la península; gentes que tienen a honor el haber nacido aquí por ser la cuna de Santa Teresa y porque poseen las murallas más completas del mundo; gentes que saben apreciar en toda su belleza los agrestes paisajes y las tristes nevadas a que tan propensa es la mística ciudad; gentes también que, a la vez que aman, odian esa monotonía que iguala al hoy, el ayer y el mañana; y gentes que reniegan y, si pudieran, huirían de aquí a vivir la vida en toda su magnitud. Pero, cual a emigrantes, les mordería la nostalgia de las grises almenas y, al morir, tendrían la visión de su cielo y su campo, de su Santa y de los pétreos centinelas que guardan la ciudad de Dios.

Aquí la vida se desliza lenta y sin grandes preocupaciones, con tiempo de sobra, deseando ser hombres para luego desear ser niños. Pasan las horas de trabajo y se llenan los cines y los bares. Se llenan también las familias de momentos íntimos. Pasan las horas de clase y los paseos se inundan de estudiantes, carteras al brazo, pensando quizá en las vacaciones estivales. Y aquellos que son los decanos, los que sólo se

ocupan de buscar buenas solanas, aquellos, charlan amistosamente de política y dejan escapar, a veces sin querer, la eterna frase de su juventud perdida: «Mis tiempos, esos sí que eran tiempos». Pero todo inútil: sus tiempos no volverán y sólo ellos vuelven a vivir con el recuerdo... Dejados que rumien su pasado. Después, cuando tocan las campanas y el aire se llena de armonías, las invariables ancianitas de siempre, con pelo blanco y mantón negro, cruzan las calles en busca de triduos y novenas con que glorificar a Dios. ¡Dichosas ellas que encuentran la paz en la oración! Les brillan los ojos y todo su ser tiembla porque sólo ansían morir y llegar hasta El. Dan la impresión de ser la única rama sana del fabuloso árbol humano y que, sólo por ello, el Señor no las destruye; a pesar de que, haciéndose eco de su Santa, «mueren, porque no mueren».

Y así son las gentes de Avila: con los pies en la tierra y la mirada en el cielo. Y así son también sus monumentos: con la base sólida de su murallas, su catedral y sus palacios pegadas al suelo y con la punta de sus campanarios y almenas lanzados a lo eterno, aunque a la postre sólo sean piedras.

Decía al principio del capítulo que os iba a dar una visión de mi ciudad y mi pasado. Creo que lo he conseguido. No obstante, aunque ello sólo sirviera de disculpa para atacar a mi modo las dos coordenadas que rigen la vida del hombre —el espacio y el tiempo— me daría por satisfecho si, al menos, lo hubiese esbozado.

Nos movemos, queramos o no, en un sitio determinado y en un momento preciso, es decir, en Avila y en el año 1960, al menos en este caso. Pero, espacio y tiempo, son términos demasiado generales, demasiado extensos, demasiado abstractos, como para darme por satisfecho contándoos dónde y cuándo he vivido. Estos factores han de servirme de plataforma para llegar a conclusiones más profundas y trascendentes.

Cuando un hombre ha llegado a descubrir su fin, cuanto te lo juegas todo a una carta sabiendo que vas a perder, cuanto te quedan pocas cosas que decir, procuras buscar soluciones de eternidad en todos tus

pensamientos, para no dejar constancia de tener el cerebro vacío. En esos momentos tienes la obligación de sublimar las ideas y sacar consecuencias que puedan apagar tu sed de eternidad.

Por eso, apoyándome en estas dos columnas, quiero avanzar en el terreno de la lógica hasta desplomarme en el choque contra lo ilógico de la existencia. De esta manera, llegando a percibir que espacio y tiempo son dos absurdos más en la vida del hombre, se nos hace más cómodo dar el paso hacia el infinito y muchísimo más fácil poder aceptar los dogmas y misterios de nuestra religión.

Penosa es la marcha del tiempo, infatigable, que nos acerca a la muerte. Sólo necesitamos percibir el paso de las horas para darnos cuenta del terrible estallido de nuestra pequeñez. Dios creó el tiempo para sujetar la soberbia de los hombres, para que todos nuestros actos estén limitados por las ataduras de los años, para hacernos comprender la fuerza del infinito.

Dios no tiene pasado ni futuro, es un presente eterno. Este es uno de los misterios más grandes con que nos enfrentamos los humanos: el tiempo es una creación divina. Dios está fuera del tiempo y sólo para darnos una magnitud le ha creado para nosotros.

Se puede concebir un mundo sin cielo, sin hombres, sin agua, pero sin tiempo es completamente imposible. Creo que, aunque el sol se parase en lo alto, el movimiento cesara por completo y el alma dejara dormir sus potencias, seguiría implacable la sucesión de los minutos. Está fuera de nuestra comprensión poder entender que exista alguien que escapa a las fronteras de Cronos. Por eso digo que es un misterio, un misterio tan palpable como pueda serlo el que más. Si admitimos esta sencilla realidad: que Dios creó el tiempo, que Dios es infinito, estamos en condiciones de poder admitir cualquier otro misterio que la religión nos exija. Por lo que a mí respecta no tengo ninguna duda, creo a pies juntillas todo lo que al católico le es necesario para conseguir su salvación.

También el espacio, el volumen, la materia, tienen su correspondiente dosis de complicación. Dios es un espíritu puro y, como tal, no

necesita de formas. Creó el mundo para nosotros, con su horizonte y sus distancias. Y todo ello sacándolo de la nada. ¿Podemos imaginarnos la nada...? Todo lo más, imaginamos el vacío, sin aire dentro, pero siempre como un volumen, como un espacio que falta por llenar. La nada, así, a secas, somos incapaces de concebirla; todo lo más, logramos hacernos una idea al compararla con la oscuridad. Pero también la oscuridad es algo; la nada es otra cosa. Mejor dicho, la nada no es.

Quiero decir con esto que al comprender que también el espacio es una creación de Dios, que dándonos cuenta de que la distancia no existe para los espíritus, que advirtiéndolo que la materia tiene su principio por orden y deseo del Altísimo, y admitiéndolo como verdadero, no hacemos más que paladear otras de las misteriosas incógnitas de la vida, que sólo puede conducirnos, otra vez, a la posibilidad de todo lo inconcebible.

Si estamos tan llenos de secretos, de dudas, de misterios con tan imposible solución, ¿cómo vamos a poder permitirnos el lujo de dudar de las verdades que se nos ha mandado creer? Es precisamente nuestra incompreensión la que debe darnos fuerzas para aceptar como válidos todos los misterios de la fe.

Ante las dificultades con que choca el entendimiento para explicarse la vida, sólo cabe la postura resignada del acatamiento y sumisión que el sino de cada uno tenga a bien concederle. Con las armas que nos han sido concedidas no podemos ganar la batalla capaz de abrir las puertas de nuestra lucidez. Tampoco se nos está permitido abandonar; pero hacernos las ilusiones de poder conseguir una victoria escapa a las posibilidades de la lógica del hombre. Resignémonos, pues.

De esta forma mi ánimo se serena y llega a comprender que la rebeldía e intransigencia sólo conseguirían aumentar la desgracia que se me ha posado sobre el corazón. Los lamentos, cebándose en la amargura de una existencia, serían la causa de que se me abrieran las heridas que estoy empezando a notar. Por eso, aunque no pueda huir de mí mismo, ni volver las espaldas al problema, y haya de martirizar el cerebro en la constante búsqueda de una solución, me parece que tengo muchos puntos a mi favor, considerando, de antemano, que no la voy a encontrar.

Es curioso este afán de encubrir las malas noticias: mis padres no quieren decirme el peligro que corro y yo no quiero que sepan que lo sé. ¿Hasta qué punto es lógica esta postura? ¿No sería mucho más fácil, más sencillo, más noble, el decirles que no tienen por qué seguir ocultádomelo? ¿No les quitaría un enorme peso de su conciencia...? Considero que su silencio se debe única y exclusivamente al deseo que tienen de no preocuparme, de no hacerme sufrir. Pero, si realmente ya lo sé, el fin que persiguen con su mutismo es inalcanzable: luego, entonces, ¿cuál es la razón que impide decirselo?, ¿por qué les dejo cargar con todo el peso de la noticia y no comparto con ellos la desgracia que nos envuelve? Pienso que si así lo hiciera sólo conseguiría aumentar su pena con la pena mía.

La lógica no tiene jurisdicción en el terreno del sentimiento: lo normal sería que, al dividir una pena entre varios afectados, se tocara a menos, se hiciera más pequeña, se pudiera sobrellevar con más ánimo y entereza: pero está visto que, al menos en este caso, ocurre todo lo contrario. Estoy convencido de que, si llegaran a saber mi conocimiento, su dolor aumentaría hasta el punto de parecerles una bendición el que ahora tienen. Por eso prefiero que lo ignoren: es mucho mejor para todos. Sufrimos cada uno por nuestro lado, pero con bastante menos intensidad: ellos, porque creen que no sufro; y yo, porque creyendo en mi ignorancia, sufren menos.

Son los recovecos que busca el amor para no dañar a sus protegidos. Es algo tan simple, tan sencillo, tan maravilloso, como aquel cuento en el que el único trozo de pan de una familia menesterosa y hambrienta pasa del padre a la madre, de la madre al hijo y de éste vuelve otra vez al padre, sin que ninguno le diera ni siquiera un mordisco: pero mintiendo todos y cada uno de ellos, al decir que ya habían comido anteriormente.

CÁNTICO

Se retuerce el muñeco de un dolor misterioso: su pueblo, su tiempo...

Los hilos que mueven la vida tiemblan; vacilan también las manos pequeñas y torpes del triste muñeco que se agarran crispadas al aire. ¡Inútil empeño!: ha mordido el misterio su médula...

No ha mucho fue niño y ahora —veinte veces pasó por su puerta el hada del tiempo— le ha dejado en recuerdo la huella de fuego, la llaga profunda e hiriente de su intrascendencia.

Vagaba por Avila, abstraído, soñador, lunático, lanzando los dardos de su fantasía... Y el amor que se tienen macera su alma débil, casi de poeta, con la suave añoranza de las horas perdidas que pasaron juntos el niño y la piedra.

Se ha quedado quieto, confuso, nostálgico, ignorante, perdido. Se mira en sí mismo y no se comprende, no sabe que tiene su esencia: un trozo de Dios se ha pegado al barro irisando con brillos metálicos el polvo de su caminar.

Lentamente el torbellino indefinible, misterioso, etéreo y constante de la vida, se le ha subido al alma para oscurecer la luz del infinito. Bucea, rebusca, aletea, gime, salta y otea en el fondo de su propia entraña hasta dar con el sendero de la verdad. Ya le ha encontrado: es duro, pedregoso, árido, confuso, empinado y difícil; pero nada debe apartarle; contra viento y marea, sudando, cansado, arrastrándose, sediento y sucio, piensa llegar a las divinas praderas.

OCHO

Parece mentira que, con las preocupaciones que me asedian, con el círculo de problemas que envuelve mi vida y con la prodigiosa actividad que una mente enfermiza posee, haya podido transcurrir un día como el de hoy. Ha sido un día hueco, tan vacío como pudiera tenerlo un animal. Las horas se han sucedido sin darme cuenta de nada, sin siquiera percibir las, sin estar en el mundo. Ha sido uno de esos días que están de más en la vida de un hombre, que no tiene otra razón de ser que dar paso al siguiente. Ya veremos si, a medida que escribo, puedo llegar a justificar su aprovechamiento. Por lo pronto hablaremos del tiempo:

Está nevando mucho y prieto desde hace tres horas; caen copos grandes, despacito y con ritmo de vals; a mi me parece que caen con ritmo de vals. Me gusta ver nevar así. Miras para arriba y ves manchas negras y pequeñas que se transforman en grises, primero, y luego en blancas y extensas. Es esa clase de nieve que todo lo cubre y tiñe de albura. Parece que adormece la vida. Es una nevada quieta y silenciosa que inclina a la soledad; bueno, silenciosa no, con un crujir monótono de cielos y tierra más tenue que el silencio mismo.

También mi alma está sola. Lo ha estado siempre. Y el llanto de la soledad me invade con una fuerza inusitada; máxime si comprendes que me pesa morir sin desterrarla, sin llenar ese hueco tan ávido de afectos y cariño que en mayor o menor grado todos los humanos poseemos. No soy un niño que pueda refugiarse en la ternura materna; ni un Lope al que le basten sus pensamientos; ni siquiera me llena la profunda amistad de mi hermano Antonio. El y yo somos uno; no hay pensamiento que el otro no adivine, ni discusión que se prolongue, ya que sabemos acomodarnos y ceder hasta llegar al punto medio de nuestras

respectivas posturas. Además, una persona, aunque sea como él, no puede recibir el afecto que mi alma tiene comprimido: habría de repartirlo entre toda la humanidad y aun así sobraría. Pero no conozco a los hombres ni ya tengo tiempo. Pienso a veces que todo sería distinto si alguna mujer se cruzara en mi camino: entonces sí, entonces es probable que toda mi alma se volcara en ella, dejándome sin nada. Pero dejaré este tema, pues creo que mis ideas sobre el amor son demasiado idealistas para los tiempos que corremos.

Ahora mi único propósito es dejar clara la terrible sensación de soledad que me ha acompañado durante toda la vida: pero no podré; no puedo porque las palabras son incapaces de expresar sensaciones tan íntimas, tan abstractas, tan...

Cuántas veces y de qué distintas formas he leído que estamos sujetos al duro yugo del lenguaje, a ese yugo que no podemos romper, que, queramos o no, hemos de aceptar, porque al suprimirlo no habría comunicación posible. Pero hay otra clase de lenguaje, es ése que está por encima de las palabras, el de los sentimientos: cuántas cosas, que el lenguaje no podría expresar, se dicen dos ojos que se miran; cuántas advierte el alma con un himno, unas lágrimas, un beso...

Yo creo que el mundo entero aspira a una palabra clave que encierre toda la comprensión de lo que se quiere decir; pero no existe; y eso es precisamente lo que me impide describir mi soledad. Si existiera la pondría aquí y, sugestionado por ella, habrías de sentirte tan solo como yo. Como no es posible trataré de explicarme lo mejor que pueda, sin que por ello me logres comprender totalmente. Yo mismo no la comprendo; es una soledad efectiva que me separa del cariño fraterno de la humanidad entera. Soy como un extraño que se introduce en la intimidad de una familia y sólo consigue miradas hoscas y un transigir mal contenido. Otras veces no es esta soledad incisiva y punzante, es algo tan completo como la indiferencia, como la ignorancia, como el no existir. Y no es que carezca de amigos, ni que sea un monstruo insociable, no; pero esa amistad cumplimentada y social no puede destruir la soledad de mi alma. Yo sigo estando solo aunque amigos y conciudadanos

me rodeen por todas partes. Quizá es que no haya sabido calar el fondo de los hombres; o quizá que mi carácter no sea el apropiado para ganar la confianza y estimación de los demás: pero creo que lo ocurrido sólo es el resultado de mi timidez y reserva: mi susceptibilidad siempre ha evitado descubrir a nadie el fondo de mi ser; temía que echasen un jarro de agua fría en esas ilusiones tan intrascendentes y emotivas, propias de un soñador. Y ése ha sido mi pecado, el pecado que ahora tengo que purgar: mi reserva ha hecho que el mundo se me muestre reservado, y, por eso, estoy solo; lo estaré hasta que descubra mi alma y os la muestre tal y como es, es decir, tal y como deducirá quien lea este libro.

Nadie sabe el por qué de su pasado, ni yo logro explicarme el por qué de esa reserva. Nacemos con un camino por delante y lo recorremos no como deberíamos sino como nos da la gana; la mayor parte de las veces representando un personaje de la gran comedia del mundo. ¡Qué poca gente se nos muestra tal y como es...! Creo que sólo los tontos son sinceros durante toda su vida.

Por mi parte quise representar lo menos posible, hacer un papel corto e intrascendente desligado de la acción principal; pero no era mi humildad quien me dictaba ese comportamiento, era mi temor. No temor a presentarme tal como soy, sino también a representar. Siempre he temido la expectación y por eso he querido pasar desapercibido. Y ahora, cuando ya no queda tiempo para nada, me doy cuenta que debía haber intimado y salido a escena, de que los hombres no son tan insensibles como imaginaba y de que a la postre todos somos uno, bajo la tutela y mirada del Señor. Bien quisiera morir después de estrenar la emoción de amar a la humanidad y de sentir su amor.

Realmente la culpa de mi soledad no es sólo mía. Si yo no hubiera tenido esos fracasos, si los hombres no me hubieran decepcionado tanto, si me hubiese dado cuenta de que su maldad e incompreensión sólo era el resultado de su fuerza aplicada a mi enfermiza sensibilidad, entonces, quizá fuese un espíritu abierto y mi alma estuviera llena de afectos.

De niño no era como soy; era alegre y expansivo, cariñoso y tan sen-

cillo y tratable como cualquier otro. Fue el mundo quien me transformó, concretamente aquellos que se movían a mi alrededor.

El salto que da un niño de su casa a la calle necesariamente ha de ser duro; tanto que, a veces, sucede quedar huido y desconfiado para toda la vida. Así me pasó a mí. Era el más pequeño y enfermizo, y por tanto el que se llevaba los golpes y humillaciones; todos los reproches, todos los castigos, las tareas más desagradables y la peor parte de todos los juegos eran un atributo exclusivamente mío. A veces me rebelaba; pero, ¿de qué servía la rebelión ante la fuerza de los demás?

Pasando el tiempo, y cada vez con más intensidad, me fui tornando hosco y huraño. Cada conocido era un nuevo enemigo al que había que soportar y huía de su presencia buscando la soledad y amparándome en ella.

En el instituto pasaba lo mismo. Con la pequeña variante de que allí todo sucedía con más intensidad y frecuencia. Siempre hubo algún gracioso, algún vivales que me hacía la víctima de sus bromas e insultos. También yo tenía algunos defensores; pero eran los más buenazos, los más nobles y mayores del curso; los que, faltos de malicia, temían el jaleo y soportaban la afrenta. Por eso ni aún a su lado estaba a salvo de las chullas de los demás. Naturalmente, yo me resistía a vivir así, aunque soportaba y reía sus pésimas gracias. Quizá fuera pecar de cobarde, pero me daba cuenta que, ofendiéndome, sólo conseguía estimular sus perversos instintos y obtener daños peores.

Hubo semanas y meses enteros en que mi único objetivo se cifraba en ganar la amistad de mis compañeros. ¡Inútil empeño! No servían dádivas, ni alabanzas, ni la poca hipocresía que tan difícilmente ponía en la conversación. A veces conseguía el afecto de alguno y se rompía merced a cualquier querrela con otro. La amistad era vencida por la cobardía y volvía a quedar solo e impotente. Así, poco a poco, fue como conseguí llegar a ser lo que soy: un desconfiado pesimista que, a más de serlo, lo reconoce y lo siente. ¿Habrá sonado ya la hora del cambio? ¿Es justo acaso que arranque mi humana tendencia a la sociabilidad por un necio temor de burla e incompreensión? ¿Por qué yo he de ser peor o dis-

tinto que los demás...? Quizá lo único despreciable de todo mi ser sea precisamente esa tendencia a huir porque mi orgullo teme ser herido. Es conveniente cambiar de actitud, no sólo porque estoy harto de soledad, sino también porque es probable que, al pretender no ser lastimado, sólo haya conseguido acentuar más esta desviación.

Se ha formado en mi mente un deseo obsesivo de abrirme a los demás, de amarlos y conocerlos; un deseo de que me conozcan para que puedan llegar a amarme. Y sólo hablando puedo conseguirlo; pero no como siempre, sino con el alma, con un lenguaje en el que se asomen todas mis dudas, ilusiones y creencias, en el que se vierta todo mi ser y se traduzcan mis ideas más íntimas. Considero muy difícil que en estos días se presente la ocasión de sincerarme con otras personas en la forma que deseo; pero no debo forzar a nadie ni obligar a las circunstancias. Si ocurre, ha de ser espontáneamente, sin artificios ni preparativos que pudieran restar sinceridad.

Es tan bello vivir esperando, tan triste vivir de recuerdos, que mi alma se llena de satisfacción saboreando el posible futuro. Aunque quizá la realidad que espero sea peor que la espera de lo que imagino. Por eso temo y deseo su llegada. Con otras palabras, quiero decir que: algunas veces, la ilusión de la esperanza queda rota al llegar lo que esperábamos, no siendo, ni con mucho, lo que habíamos soñado.

Voy a hablaros ahora de un deseo frustrado que se abre camino entre las preocupaciones que me acosan: mi carrera de magisterio que se acabará antes de empezar a ejercerla. Toda una vida dedicada al estudio, a la preparación de una labor maravillosa que debía remozar la anemia de mi vitalidad y ahora se viene abajo, dejando su fruto a la otra orilla del camino.

Una escuela pequeña con treinta, con cuarenta niños, y yo en el centro de ella enseñando a leer, a escribir, a contar, repartiendo cultura, educando. Caras inocentes, preocupadas por su ignorancia, haciéndome responsable de su futuro, el trabajo constante, cubriendo etapas, de su formación. ¡Cómo nos íbamos a entender...! Qué orgulloso habría de sentirme cuando, llenos de ingenuidad, me preguntaran:

—Maestro ¿cómo se escribe verdad?, ¿qué es la felicidad?

—«Verdad» empieza con uve y termina con de. La verdad es sólo una, pero tiene muchas caras, tantas como personas hay. Cada uno tenemos nuestra verdad y debemos ser fieles a ella. La felicidad es una quimera que duerme en el fondo de las almas; la felicidad es un irse acercando.... y su posesión total no puede lograrse en esta vida. La felicidad es trabajar, cumplir con el deber, cansarse, querer bien a todo el mundo, aunque no te quieran. Es mucho más feliz el que da que el que recibe y, si me apuráis un poco, puede ocurrir que sea más feliz el que sufre que el que goza; pero eso ya no lo vais a entender...

Quizá no entendieran nada, pero poco a poco empezarían a calar el fondo de mis palabras, poco a poco sabría decírselo de forma que su razón lo comprendiera y, poco a poco, también sabría ganarme su cariño, su confianza, su afecto, su gratitud; quién sabe si también su admiración. Un día, quizá sentado en el patio del colegio, oiría decir: ¡Cuánto sabe el maestro...! ¿Tú querrias ser maestro...? Y ese deseo, esa infantil admiración, sería el mejor premio a los desvelos y sudores, a la intranquilidad que lleva consigo una profesión, que por ser tan delicada sólo puede ser vocacional.

En los niños, mi amor sabría desbordarse de tal forma que no habría barreras capaces de contenerlo. Su inocencia sería capaz de desnudarme, de dejarme libre de ataduras, quitando de mi alma el miedo y la soledad. Sería un primer paso maravilloso para, a través de él, poder conquistar el amor del mundo: esos pequeños crecerían y se harían hombres; y habiendo amado al niño, al joven, ¿cómo no habrías de amar al adulto? Máxime cuando comprendieras que ese hombre, bueno o malo, sería un poco lo que tú hiciste de él. Y al ser algo nuestro, al ser un poco tu proyección, no tendrías más remedio que alegrarte en su gozo y condolerte en sus penas, buscando la armonía del universo.

Si una persona supiera que había de morir a los veinte años ¿cómo pasaría su vida? Si a mí me hubieran dicho que todos mis estudios, mis exámenes, mis noches en vela, no iban a servirme para nada, ¿hubiera sido capaz de llegar hasta aquí? ¿No sería más fácil que hubiera recha-

zado cualquier sacrificio, bajo el pretexto de disfrutar el poco tiempo que tenía concedido? Lo normal es que hubiera llegado a esta edad casi analfabeto, incapaz de pensar ni escribir y, por tanto, inferior al Jesús de hoy día. Por lo tanto no me arrepiento de los malos ratos que el estudio me ha hecho pasar. La visión del mundo que ahora tengo, la amplitud que en toda la gama de conocimientos me ha sido dado conocer, los horizontes que se divisan merced a la cultura y la educación, serían terreno vedado para el hipotético personaje que hubiera podido ser, si la brevedad de mi vida hubiera constado de igual forma que la partida de nacimiento.

Prescindamos por un momento del conocimiento o ignorancia que sobre el día de la muerte pudiéramos tener; supongamos, no obstante, que mi formación hubiera sido todo lo rudimentaria que la certeza de ese día hubiera motivado. ¿qué se habría perdido?, ¿acaso la felicidad de una existencia se puede medir por el bagaje de conocimientos que haya reunido?, ¿supone siquiera la cultura incremento alguno para determinar hasta qué punto hemos sido felices? ¿A que no? ¿Qué hubiera perdido, pues, si estos años los hubiera dedicado al ocio y la contemplación? Por el contrario, la ganancia estribaría en que, en mi reducida mente, toda la problemática que ahora se agolpa imponiéndome la búsqueda de su solución, quedaría reducida a una simple cuestión de conformidad.

Desde luego no puedo renunciar, ahora, a ser como los libros me han hecho; no puedo, ni siquiera, aceptar la posibilidad de un cambio que me transformase en un ser carente de ideas, aunque con éstas también me abandonaran las preocupaciones. Prefiero ser como soy. Pero ¿quién sabe también lo que habría de contestarnos la ignorancia si la pregunta se formulara al revés...? Con esto quiero decir que la instrucción no da, ni siquiera aumenta, la felicidad. Si a esto unimos todo el dinero que cuesta estudiar una carrera, las privaciones que en una familia de ocho hermanos supone, lo que ese dinero hubiera solucionado en la economía familiar e, incluso, lo que yo hubiera ganado en cualquier empleo, podemos llegar a la conclusión de que mis estudios suponen

una pérdida de tiempo y de dinero que es ya irremediable a todos los efectos.

Por eso, en algunos casos especiales, como por ejemplo el mío, sería muy útil y beneficioso el conocer con la mayor antelación posible el día de la muerte. Conociendo desde el nacimiento la fecha de defunción, nuestra permanencia en el mundo tomaría fácilmente unos derroteros totalmente distintos a los que toma cuando la incertidumbre guía nuestros pasos. Tened por seguro que, en mi caso, los estudios hubieran quedado a un lado y el dinero de ellos hubiera servido, quizá, para que estudiase otro hermano que, a fin de cuentas, hubiera sido una inversión productiva, y no el altruista empleo que así ha tenido.

Desde luego, lo pasado, pasado está, y ya no tiene remedio ni sirven lamentaciones. Quizá mis estudios hayan servido tan sólo para que otro no ocupase mi lugar. ¡Quién sabe qué habrá sido mejor...! Lo que verdaderamente me pesa es la inutilidad y pérdida de esos conocimientos: que nadie los pueda aprovechar, que ya no sirven para nada. Con un solo día que hubiese podido ejercer, todo mi pasado hubiera llegado a su destino, habría podido justificarle. De esta forma me siento vacío e inconcluso, como si algo muy importante se me hubiera perdido y no pudiera encontrarlo, como cuando buscas una palabra que tienes en la punta de la lengua y no logras dar con ella.

Sigue nevando y ya es de noche. Otra noche más... Sólo quedan siete días, siete capítulos, siete incógnitas que resolveré, una a una, hasta el fin.

CÁNTICO

Érase un árbol nacido en el bosque, un arbolito pequeño que necesitaba algunos cuidados y un poquitín de agua para hacerse grande.

Desde los ojos lanceolados de sus ramas miraba envidioso cómo entrecruzaban su verdor los árboles grandes. También los arbustos crecían amorosamente cerca. Sólo él quedaba marginado y la tristeza se le había subido a las yemas. Quiso estirar sus ramas para sentir el calor de sus compañeros y, cuando cierta primavera iba a conseguirlo, sintió el golpe del hacha, el insulto feroz de todo el bosque, y se quedó mustio y temeroso.

Desde entonces el arbolito creció para abajo, le daba miedo de los demás y su raíz profundizaba en la tierra buscando protección y amparo. Cuando quiso darse cuenta ya era tarde, tan honda estaba su alma que se le había acabado la tierra fértil.

Las raíces del bosque se abrían, se extendían armónicamente jugando a flor de tierra. La suya creció en una sola dirección, la del abismo, y por eso se le secó el alma.

Ahora el árbol, hambriento y marchito, que conoce de dónde procede su mal, quisiera contar a los arbolitos su historia, para que les sirviera de ejemplo.

El viento transporta en su grupa los gemidos vegetales del moribundo. Quiere dar su lección a los nuevos brotes con la voz amarilla de sus hojas; y los niños del bosque no pueden oír su canción de tristeza.

Han pasado cien años y el bosque ha desaparecido por completo. Sólo una raíz profundamente larga, clavada en la tierra, da testimonio de la verdad ocurrida hace un siglo.

También la raíz del hombre se clava con tinta en las páginas de la historia.

SIETE

El sol salió lleno de fuerza. A las doce ya había vencido a la espesa niebla matutina y a las doce también salí de casa para aprovecharlo. Caminaba despacito. Me cansaba más que nunca porque pisaba en el desliz de la nieve y cada paso constituía una epopeya de sacrificio y voluntad. Tuve que detenerme varias veces para cobrar aliento y, con gran satisfacción por mi parte, a las doce y media me senté en el Rastro para contemplarle y descansar.

El paseo del Rastro es una larga solana situada en la parte sur de la ciudad, que se extiende casi medio kilómetro adosado a la muralla por su parte exterior. Es un fabuloso mirador, resguardado del aire y del frío, desde el que se divisa todo el Valle Amblés. Es el paradero indiscutible de chachas y niños, de soldados y viejos, donde pasan las horas respirando aire puro, admirando la belleza del paisaje y disfrutando de la ociosidad.

¡Qué bello espectáculo divisaron mis ojos! Todo el Valle era blanco. Incluso el río lo era. Sólo las montañas de alrededor discordaban: su blancura era distinta, era brillante y casi transparente; reflejaban el sol y dañaban la vista que osara mirarlas. Luego el cielo, un cielo azul subido, de un azul casi verde que emanaba pureza y recogía sueños. El mío era bien sencillo. Un sueño sencillo y ambicioso como ningún otro: salud, sólo salud. ¡Qué pronto se dice, con cuánta fuerza la deseo y qué imposible y alejada la siento! Pero... dejémoslo.

Decía que estaba sentado frente al Valle y absorto en él; admiraba los distintos tonos de la nieve y su belleza me entretuvo media hora. Luego cambié de postura y concentré mi atención en el paseo y los paseantes. Les miraba fijamente, intentando adivinar su mundo y pene-

trar en sus entrañas. Todos me parecían lo mismo, aunque sabía que cada uno era un caso más o menos triste, emotivo o alegre. Quise, pues, diferenciarles y empecé a imaginar curiosidades: vamos, no sé si eran curiosidades: era un deseo de interesarme por todos y cada uno, de dar mi opinión y adivinar sus ideas. Por lo pronto yo estaba allí y los miraba críticamente.

Una señora vestida de negro me miró unos instantes sin detener su paso. ¿Qué habrá pensado al verme?, ¿dónde irá con ese capacho casi vacío? Quizá lleve un trozo de pan a su marido enfermo. ¿Tendrá marido? A lo mejor fue a la guerra y está manco, bizco, cojo, o es tartamudo e idiota. Quizá de joven fue bella y orgullosa y su padre un general: o quizá no le haya conocido y nació pobre y abandonada a la puerta de un asilo. ¿Qué pensamientos brillarán en su cabeza? ¿Qué idea tendrá de la sociedad y de la justicia? ¿Será católica? ¿Podrá siquiera imaginar que sigo pensando en ella y que su pelo me ha parecido sucio? Acaso no tenga jabón con que lavarse y acaso tampoco se preocupe de buscarlo. Ese niño también está sucio y su madre le regañará. ¿Tendrá madre o habrá muerto cuando él nació? Es igual, le pegará su padre dejándole una señal que habrá de convertirle en un ser rencoroso. ¿Quién será el hombre peor del mundo? ¿Será ese señor? ¿Ese otro del sombrero gris y labios gruesos? ¿Por qué los tendrá tan gruesos? Acaso por descender de una negra bella y sugestiva, allá del mil ochocientos. ¿Dónde estará la mujer más guapa del mundo? ¿Cuál será el momento más emocionante de esa niña rubia? ¿Por qué pega a su muñeca y sale corriendo? ¿Hasta qué punto se creará las cosas que dice e imagina? Cuando sea mayor, ¿tendrá un recuerdo borroso del día en que la rompa o ni siquiera sabrá que la ha tenido?

Todas estas cosas y muchas más me preguntaba de todos los que veía y de los que no veía. Intentaba descifrar la diversidad de mundos y ambientes, de cualidades y pensamientos de todos los humanos. Pero luego pensé que todas las preguntas y respuestas eran sólo mías, que por más que pensara en los demás, sólo yo era el que lo hacía y, por tanto, todo era mío y nunca podría ser de otro. La subjetividad impedía que

me metiera en los demás y también que por mi visión pudiera conocerlos. El que yo dijera esto o aquello de ése o aquél era tan mío como el decirlo de mí. Otra cosa sería preguntarles y hablar con ellos, pues aunque lo asimilase a mi manera y criterio, todo sería un poco más objetivo. ¿Por qué, pues, pienso, o quiero pensar, en todos y todos no piensan en mí? ¿Por qué leo la indiferencia en sus miradas? ¿Acaso creen que estoy aquí como los árboles o la muralla? Son egoístas, pensando en sí o en los suyos: todos son hombres y yo también; y me ignoran tanto como yo los ignoraba. Me dieron ganas de subirme a un peñascal y gritarles muy fuerte: «Miradme, que yo también soy, que si tú existes yo también; y al igual que yo, pudiste no ser; conocedme pues, que yo quiero conoceros». Esa u otra majadería hubiera gritado de buena gana, de haber seguido mis impulsos.

Afortunadamente me di cuenta que sólo hubiera conseguido ridiculizarme, y me conformé con encender un cigarro. Mientras fumaba, mis pensamientos se ordenaron un poco y escribí el soliloquio que ahora transcribo:

«Señor. Tú que lo sabes todo, dime lo que quiero saber: dime todo lo que puedo saber; dí por qué no soy nada en aquellos que para mí lo son todo; dí por qué siendo iguales, cuerpo y alma, no sé nada de ellos ni ellos de mí. Yo quisiera saberlo, Señor. Si Vos, al crearme, me pudiste hacer otro, si al igual que soy yo, pude ser ése o aquél, ¿por qué, pues, no soy los que pude ser? O al menos, ¿por qué no los siento ni conozco? Señor, yo pude ser todos y de todos quiero saber; enséñame Tú. Préstame tu visión y déjame entrañarlos, vivirlos y saberlos; quiero fundirme y formar parte de ellos.... estar en la mujer más bella y en el hombre más ruin, ser en la esencia del genio y en la humanidad sencilla, en la pureza infantil y la perversión de los burdeles. ¡Qué feliz debes ser, Señor! Sólo Tú lo eres. La felicidad eres Tú y todos aspiramos a Ti. Debemos esperar y creer, esperar que llegue el día feliz y trágico. No, no es el día de la muerte, el otro: el día del Juicio Universal. Allí estaremos todos y todos nos conoceremos. Para algunos será tarde y llegará la desgracia eterna, para otros la felicidad infinita e inconmensurable. Y entonces, mientras

la saborean, dejarán satisfecha su curiosidad humana e irán a empaparse en los secretos del Altísimo. Ese día os conoceré a todos, sabré tanto de vosotros como de mí, porque de mí sólo alcanzo a conocer esta curiosidad que me traspasa. También vosotros me conoceréis y vuestro conocimiento será profundo y extenso, sabréis todos mis pensamientos y acciones, y, sobre todo, la profundidad de la idea que estoy pretendiendo explicaros: esta idea de un futuro desconocido que es presente y palpable porque lo estoy viendo llegar. Allí se acabarán las farsas e hipocresías para dejar paso a la verdad, a una verdad pura y transparente cubierta de vergüenza y pesar. ¿Quién no sentirá haber sido cómo fue? ¿Quién podrá decir que se alegra de su pasado? Todos nos sentiremos culpables sin tener el consuelo de la culpabilidad ajena. Cada uno tendrá la suya y, con ella, llegará al infinito. Cuando el Señor me esté acusando, cuanto te acuse a tí, cuando acuse a todos, nadie osará levantar la cabeza y su gesto nos llenará de alegría o de pesar. Pero un poco antes de llegar a lo eterno, cuando tú sepas mi vida y yo la tuya, cuando se crucen nuestras miradas y la comprensión anide en ellas, advertirás con cuánta fuerza quise conocerte en vida. También yo advertiré lo más íntimo de tu ser y podré deducir por qué Dios no quiso acercar nuestras almas, dejando que la soledad se cebara en mí; también sabré quién eres, por qué me leiste y qué pensabas cuando lo hacías. Por ahora, el único lazo que nos une es, precisamente, este libro que mientras tú lees yo sigo desde la otra vida.»

Cuando empecé a escribir, sentado en la barandilla del Rastro, ya tuve la idea de anotarlo. La última parte la escribí en una crisis de realidad, parecía que alguien me escuchaba y atendía, yo hablaba con él mientras me miraba y asentía. Era un rostro inescrutable y falto de emociones, sin fisonomía ni carácter propio, probablemente fuese una mezcla de todos los rostros que se pueden concebir, aunque yo lo veía como una sola persona.

Desde las tres de la tarde, hora en que acabé de comer, no he dejado de trabajar. Creo que tengo merecido un descanso, quiero despejar la cabeza con el aire de la tarde para ver si luego me aclaro un poco más.

Pero, ¿para qué? Para que, al igual que esta mañana, me sienta como el pez en la tierra, extraño y frío a todo el mundo; para que, sin darme cuenta, crezca la envidia y añore mi perdida niñez; para eso, no merece la pena. Bien estoy aquí sin saber nada de nadie y sin que nadie sepa nada de mí. Llorando esta ignorancia pero bebiéndome las lágrimas. Esta tarde nadie podrá señalarme y decir: ¿Dónde va ese esqueleto de cara blanca?, ¿qué se le habrá perdido aquí...?

Qué poco saben que son ellos los que se me han perdido, que son ellos los que ando buscando y que todo mi deseo se cifra en encontrarlos. No lo sabrán nunca o, quizá cuando lo sepan, ya sea tarde. No podrán conocerme y habrán de conformarse con leer el libro y adivinar lo que no pude decirles.

Mi paseo ha conseguido abrir la llaga de la intrascendencia; soy tan poco que me asusta mi pequeñez. Por eso amo la grandeza, la deseo tanto que añoro una muerte sublime y alejada del quirófano. La muerte es el mayor paso de los hombres, y, por tanto, el más propicio de admiración. Pero ¿qué admiración va a despertar una muerte científica, una muerte de conejo de indias, una muerte prevista y esperada...? Eso no puede ser admirado. Sólo la resignación puede convertir mi muerte en sublime; y yo no la tengo; es más, no puedo tenerla. ¿Cómo puedo tenerla si no he gozado la vida?, ¿si sólo conozco la parte negra de ella, si todo han sido fracasos, desilusiones y enfermedad? Diréis que así es todo más fácil y cómodo. Pero no, a mí me gustaría morir después de conocer lo poco bueno que esta vida puede ofrecernos para saber si quiera lo que pierdo, para poder resignarme a perderlo, para compararlo con la ultratumba y medir las ventajas que nos ofrece. Resignarse es fácil si se tiene de qué; pero cuando no, cuando, como en mi caso, no se tiene, es muy difícil y angustioso.

Detrás del único aspecto en que la vida se me ha ofrecido, oculto por mi impotencia, existe algo que crea apego al existir, afinidad por la vida y dolor ante la muerte. Yo quisiera saber qué es lo que hace odiar a la muerte, tener la certeza de haber vivido lo suficiente como para temer el fin. Sé que, junto a la desgracia, existe una especie de felicidad, una feli-

cidad que no he hallado y sólo conozco de oídas. ¿Será verdad? ¿Será realmente feliz el desgraciado? Creo que no. Y aunque así fuera preferiría no serlo y vivir lo ordinario del término medio.

De todas formas, no tengo miedo. El único pesar que llevo conmigo es una voz que flota en la conciencia: «No tienes miedo porque no eres lo suficientemente hombre para tenerlo, porque estás dormido y destilas ignorancia, porque estás apagado y no conoces la vida». Mi defensa es sencilla. Se basa en que si lo supiera temblaría de dolor y pesar, mientras que de esta forma sólo tiemblo de curiosidad. No sé qué es peor ni puedo averiguarlo, pero sí que mi curiosidad no repararía en pesares, por grandes que éstos fuesen.

Los designios de la Providencia son inescrutables y difíciles. A mí me corresponde aceptarlos y, por ello, no debo condolerme más. Quién sabe si todavía la vida me reserva emociones intensas que compensen mi pasividad anterior. Queda dentro de lo posible y puede suceder. ¿Acaso ha desaparecido toda mi esperanza? ¿Debo permanecer sin ella mis últimos días? Todavía vivo, y vivir es esperar; esperaré, pues, vivir.

Cuando me pongo a pensar en el destino eterno de mi alma inmortal, en el premio o castigo que Dios nos concede merced a la bondad o maldad de nuestra vida, me quedo un poco confuso ante la métrica de estos términos: ¿he sido malo?, ¿he sido bueno? La verdad es que siendo el juez yo mismo no sabría qué responder. Creo que ni una cosa ni otra: he sido yo. Hay quien nace de una manera y no puede cambiar nunca. Mi postura en la vida ha sido de no saber decir a nadie que no. Siempre he hecho lo que se me ha pedido y no recuerdo haber negado nunca un favor que estuviera de mi mano. ¿Acaso se puede tomar esto como un triunfo? ¿Debemos considerarlo un mérito? Bajo mi particular punto de vista, no. Era mi forma de ser y sólo he procurado seguir el dictado de mis impulsos; no he tenido que violentarme en lo más mínimo, por tanto no merece premio de ninguna clase. El verdadero mérito, dentro de mi pobre personalidad, hubiera estado en decir no. Eso me hubiera costado trabajo, me habría intranquilizado y hubiera supuesto un sacrificio.

Entonces puedo considerar que soy un elegido del bien y no un hombre bueno, ya que al desparramar bondad no hago sino mi gusto. Y ahora pregunto: ¿Si el gusto de otros es hacer maldades, no serán acaso elegidos del mal? ¿Si cada uno hace su capricho, por qué ha de ser más meritorio uno que otro? El sacrificio estriba en hacer lo que no queremos, lo que nos molesta. ¿Debe entonces sacrificarse sólo el malo y el bueno debe hacer su gusto? ¿No caeríamos en el contrasentido de que el malo sería bueno al sacrificarse y el bueno malo por hacer su capricho?

Por todo esto, que todavía sigo viendo confuso, no puedo sino llegar a la conclusión de que la medida de nuestros actos es tan personal y subjetiva que no puede orientarse por normas fijas, ni siquiera dentro de los más amplios márgenes que pueden concebirse. El mal y el bien son tan relativos y variables como la misma humanidad, y sólo el Creador, con su infinita sapiencia, puede calibrarlos.

Aunque antes haya dicho que soy un elegido del bien, hay muchas cosas que me pesan, muchas que no debí hacer y otras que debía haber hecho. La moralidad de una persona no está limitada por el hecho de decir sí o no a los favores que los demás nos piden.

Si la gloria se alcanza con esfuerzo, con lucha, con violencia y trabajo, creo que nunca llegaré a ella; si, por el contrario, podemos conseguirla con mansedumbre, con paz, con quietud y silencio, es fácil que pueda merecerla. Creo, no obstante, que de ambas formas y de muchas otras, es factible llegar a ser bien recibidos a las puertas del Paraíso, dada la infinita misericordia de Dios.

Hay, pues, dentro de la humanidad, personas a las que hacer el bien les cuesta mucho menos que a otras, esto es indiscutible, pero supongo también que el Creador las exigirá mucho más el día de rendir cuentas. Y ése es mi pesar, que la factura de mi vida ha de ser más cara que otras muchas, ya que hasta la fecha no he tenido que esforzarme más que en pagar los intereses del capital prestado. He guardado los talentos sin haber perdido siquiera uno, pero no he sabido hacer la inversión capaz de producir ganancias del cien por cien.

Con un poco más de tiempo, sólo con unos cuantos meses, podría

hacer méritos suficientes como para redimir el pasado. Pero sólo me quedan seis días y eso es muy poco para poder compensar veinte años de vida. Bien es verdad que me he esforzado, y he de seguir haciéndolo hasta el final, por conseguir dejar un testimonio que sea la prueba de que mi paso por el mundo no fue en vano y que acredite que durante los diez últimos días me sacrificué lo suficiente como para dejar una señal por la que poder ser recordado.

CÁNTICO

La naturaleza se ha puesto de gala para brindarnos la maravillosa armonía del paisaje invernal. El viento del deseo suscita quimeras: no quiere perderse el espectáculo bravío, transparente, emocionante, de su tierra natal. Ahora le duele su muerte con más fuerza que nunca, y su lágrima, hecha cristal, gira ciento ochenta grados para acercarse lenta, suave, perfumada, temblorosa, al círculo solidario de la humanidad.

El pájaro de la vida ha sentido su primer flechazo de amor y ha perdido altura para acercarse a los hombres. Roza su agonía un impulso divino que tiende a concentrar el mundo en su pecho, a desparramar su alma sobre la tierra unificando el universo, universalizando la individualidad.

El arrebató dura poco y el egoísmo cala otra vez sus entrañas. Siente el anhelo de gozar la vida, pero no se atreve ni siquiera a soñarlo, cuanto menos a exigirlo del hado adverso.

Es tu hora rebelde. ¡No pares!: ¡blasfema!, ¡maldice!, ¡reniega!.. ¡Que tu voz sea un rugido potente! ¡Sea tu mano una garra que hiera hasta el cielo y tu vista de fuego una llama candente que arrase...! ¡No tienes agallas...!

Y pasó por el mundo alargando la mano, y la mano se le quedó corta. Y en su cuenta no hizo nada... Era bueno y su bondad le pesaba como la armadura al guerrero, como la pluma al pájaro, como la humedad al agua. Su condición hizo mala su virtud y nadie reparó en su defecto: era cobarde... Su cobardía se hizo fortaleza al morir, porque murió confesándola.

SEIS

Queramos o no nos dan una familia, unos hermanos, sin que para ello tengamos arte ni parte: por así decirlo, sin pedirnos permiso. En cambio, los amigos son algo nuestro, para los que tenemos participación directa, encontrándonos con el derecho de admitirles o rechazarles sin que nadie nos pueda forzar el sentimiento. Cierto es que la familia crea un afecto especial, una llamada de sangre, un amor pausado y lento que forman el roce y el cariño, los cuidados y desvelos, los sacrificios, los temores, la enfermedad y las alegrías, que son patrimonio de todos sus componentes. En resumen, los hermanos nacen y los amigos se hacen. Y añadiría que suele ocurrir frecuentemente que los hermanos terminan haciéndose amigos.

Con este preámbulo creo que estoy en condiciones de decir que hoy ha venido mi amigo Antonio, el mayor de todos los hermanos, por el que siento una especial predilección. Se ha hecho el sueco dejándome creer que su llegada se debe a otros asuntos; pero yo sé muy bien que el verdadero motivo es la carta que le han escrito contándole mi enfermedad.

Antonio Bruja, como él mismo firma sus cuadros, es un gran artista, un artista autodidacta hecho a base de fuerza creadora y voluntad de hierro, que ha subido por su propio pie y no ha querido ajustarse a ninguna escuela conocida. Dicen que ha salido a mi madre, pues también ella posee una innata facultad para el dibujo y la pintura; pero superando todas las previsiones empieza a escalar, paso a paso, la cima del éxito, cotizándose sus obras en un constante alza, que hace presumir que muy pronto ocupará uno de los primeros puestos de la pintura actual.

Voy a contaros el porqué de este seudónimo, el porqué de «Bruja»:

Hace diez o doce años, cuando salíamos a jugar por el barrio con toda la chiquillería, al anochecer ya, había un juego al que todos teníamos verdadera afición. Consistía en correr de una a otra plazuela, juntos o separados, pero perseguidos y acechados por la «bruja», que nos molía las costillas con una escoba. Aquel que conseguía llegar el primero sin haber recibido ningún escobazo, pasaba a hacer de bruja en la próxima carrera. La verdad es que era muy raro salir bien librado del recorrido, ya que la bruja esperaba en el centro de la calle, escoba en mano, dispuesta a no dejar pasar a nadie sin haberle dejado su recuerdo.

Antonio era astuto y rápido como las liebres, se escurría como una anguila y parecía adivinar los pasos de los demás, adelantándose a su acción. Esto hacía que la mayor parte del tiempo la escoba no se apartara de sus manos y que, poco a poco, primero en todo el barrio y después en medio Avila, fuera conocido con el sobrenombre de «la bruja». Al poco tiempo empezó a dar los primeros pasos en el mundo del arte y, como todavía se le conocía por este mote, cosa que le molestaba bastante, decidió hacer del insulto, seudónimo; transformando aquello que le ofendía en un sobrenombre del que estar orgulloso. Así fue cómo, haciendo gala de un ingenio poco corriente, pasó de «La Bruja», al «Bruja».

Bueno, el caso es que Antonio está aquí y ello me ha puesto muy contento. Nada más llegar empezó a contarnos cosas de su mundillo y las dificultades que pasan los artistas, de los marchantes, de las galerías, de las exposiciones, de las escuelas actuales, de las falsificaciones, de los premios y su corrupción, etc. Toda una disertación sobre el arte pictórico en el mundo de hoy, que fue cautivando nuestro interés sin siquiera darnos cuenta del paso del tiempo. Y de esta forma ha transcurrido la mañana.

Después de comer, Antonio ha preparado el coche y, diciendo en casa que íbamos a dar una vuelta, ha tirado por la carretera de Madrid. Hemos llegado a un hotel cercano a Villacastín con un espléndido

mirador cubierto, y allí nos hemos sentado para charlar sin frenos ni testigos.

Al principio la conversación ha girado sobre temas intrascendentes: que si mis estudios, su novia, los últimos cuadros, etc; parecía que tenía miedo de meterse en el meollo de la cuestión. Por fin, sin poderme contener ni venir a cuento, le he contado todo lo que había oído al doctor y lo engañado que creían tenerme: eso sí, haciéndole jurar solemnemente que no revelaría a los demás mi conocimiento de la situación.

No ha perdido palabra, he visto cómo su cara traslucía la más intensa emoción: incluso me ha parecido ver alguna lágrima en sus ojos. Quizá sean figuraciones mías. Pero, ¿acaso tiene algo extraño que lllore un hombre? Creo que no; incluso me atrevería a decir que es natural. ¿Por qué los hombres debemos disimular nuestra sensibilidad y a las mujeres se les está permitido exteriorizarla? ¿Acaso no somos del mismo barro que ellas? Por eso no tienen nada de reprochables las lágrimas de un hombre; es más, creo, incluso, que la mayor parte de las veces son más sinceras, con mucho más valor y significación. Las lágrimas de Antonio eran distintas: sus brillos, tenían un sabor de amistad herida, quizá tronchada por sólo Dios sabe qué funesto destino; su transparencia reflejaba nítidamente los recuerdos apagados de nuestras horas perdidas; su humedad olía a vejez, a vieja tradición de piedras de campo y calor de hogar. Todo su llanto era otro, distinto y sublime, lejos de cualquier comparación y cerca tan sólo del dolor divino. Su sincera expresión no hacía sino invitarme a hablar cada vez con más pasión e intimidad. Su silencio hacía que mi voz, a veces ahogada, surgiera de la garganta con sonidos de ultratumba, recordándonos el inevitable fin.

No podría revivir con la misma intensidad ni siquiera una pequeña parte de esas horas que tan íntimamente hemos saboreado, ni sabría relataros cómo gozaban nuestras almas unidas por la desgracia y el amor. Pero no sería justo que os privara de este asombroso acontecimiento que siento tan cercano y tan vivo. Tengo la obligación de contaroslo, parece que lo estoy volviendo a vivir y siento con su misma voz las confortadoras palabras que durante esta tarde me ha dedicado:

— Siempre te he tenido por mi mejor compañero. Jesús, y no logro comprender que ahora puedo perderte para siempre: creo que todavía no me he dado perfecta cuenta de lo que puede ocurrir. Tengo la impresión de que esta situación es totalmente ilógica, en la que hay un malentendido y que, de un momento a otro, se va a derrumbar la pesadilla del quirófano. ¿No te das cuenta de que somos dos seres perfectamente normales, de que somos tan ordinarios que no cabe en ti ese suceso del que me hablas? ¿Cómo tu existencia se va a cortar tan de repente y de forma tan extraordinaria? Parece imposible. Sin embargo es real: tu operación es un hecho tan real como extraordinario. Quizá por eso no logro acostumbrarme. No sé si me entiendes: quiero decir que todavía no he medido los hechos con la calma y precisión necesaria para asimilarlos, que todavía estoy como aturrido por la primera impresión y no logro captar en todo su sentido este maldito problema: y que, por tanto, no sé qué decirte, ni qué hacer, ni qué pensar de él. Te aseguro que hasta la fecha no sé de nada que me haya impresionado más. Tú sabes que no soy demasiado sensible, pero hay cosas que se apoderan de mí, haciéndome sentir todo el peso de su complicación. Ya lo ves, indiferente, despreocupado y ajeno a todas las emociones, me he dejado dominar y creo que estoy tan nervioso como tú. Bueno, tú no estás nervioso, al menos no lo parece.

— Claro que no. ¿Tengo acaso por qué estarlo? Bien sabes tú que en esta partida no me juego nada. La vida, ¿qué es la vida? La de los demás no sé; la mía no es nada, nada en absoluto, un punto en contra, algo que cuesta trabajo y de lo que quiero descargarme. ¿Por qué he de estar triste o nervioso? ¿Por qué me van a librar de ella? No, por eso no merece la pena preocuparse. He luchado mucho y tú lo sabes; siempre he querido creer que lo mío era debilidad, que mi cansancio podría desaparecer en cualquier momento. Siempre tuve la esperanza de que se verificase el milagro. Pero ya son siete años, Antonio..., siete años arrastrando el peso de mi cuerpo por el mundo, siete años de engaño y lucha. Y ya no, ya no es posible que tiemble ante la muerte ni ante nada semejante. Date cuenta que ya he llegado al límite del sufrimiento y la resignación.

que ya se han agotado todas mis esperanzas, que ya sólo deseo acabar cuanto antes. ¿Crees acaso que voy al quirófano con la esperanza de sanar...? Sólo deseo acabar y dejar para siempre de luchar y sufrir. ¿Crees que si la operación no fuera totalmente necesaria renunciaría a ella? ¿Cómo comprendes que pueda tener miedo o nerviosismo? Mira, mira mi mano: tranquila, no tiembla, está más serena que nunca y su pálida piel sólo espera el golpe del hacha. La muerte es mi novia, por eso la espero, la deseo: estamos prometidos y dentro de poco vendrá a buscarme. Sé que vendrá y que nadie puede quitármela.

—Me asustas Jesús, no puedes desear la muerte, tienes el deber de conservarte. Supone una cobardía querer renunciar al mundo. Y tú no eres cobarde. Dime que es mentira, que no quieres morir.

—No confundas. Sólo te digo que deseo acabar, pero acabar de sufrir, que no es lo mismo. Y con esta operación terminaré por conseguirlo: bien muriendo, como te decía antes, o bien porque sea un éxito y me transforme en un hombre nuevo. Como ves, de las dos maneras salgo ganando, incluso en el supuesto de muerte. A más de que en este valle ya he padecido lo suficiente como para que mi egoísmo no apetezca la vida. Si quieres, me da un poco de miedo, me asusta la vida; pero preferiría quedar sano a morir. Por el contrario, prefiero acabar en este trance a tener que continuar como hasta ahora. Así que no tienes por qué preocuparte: me da miedo la vida, pero no tengo el suficiente valor como para desearme la muerte, caso de que aquélla se me diera en toda su magnificencia. Es decir, si he de morir poco a poco, víctima del agobio y sufrimiento, prefiero acabar de una vez, de la misma forma que a un animal herido se le levanta la tapa de los sesos para ahorrarle el dolor de la agonía. ¿Verdad que me comprendes, Antonio? ¿Verdad que, por estas ideas, no me puedes tachar de suicida...? No sé, tengo miedo, intranquilidad, estoy muy confuso de ideas y temo que mi muerte pierda dignidad: quiero decir que me asusta el infinito en lo referente a su carácter espiritual. A veces creo que preferiría no tener alma.

—Vamos, que no eres ese hombre de piedra que antes enseñabas, que te asusta la muerte igual que a todos y que necesitas consejo. No, no

me repliques, si no la muerte, sus segundos efectos. Viene siendo lo mismo y no te das cuenta.

—Si, algo así, ¿sabes...? Estoy muy desorientado y no sé qué pensar. A veces intento razonar yo solo, convencerme de todos los pros y contras, pero me doy cuenta de que falta algo, de que no soy capaz de llenar mi sed de eternidad, y de que carezco de iniciativa y confianza para preguntar y conocer nuevas opiniones. Otras veces creo que cada uno es un mundo y que no debo interesarme por criterios ajenos. Es decir, tengo infinitud de dudas y no sé si debo resolverlas solo o hacer a alguien participe de ellas. ¿A ti qué te parece?

—Mira, no sé, voy a darte mi opinión que, al menos, es interesada: creo que lo más indicado en tu caso es trabajar, trabajar mucho y romperte el cerebro. Siempre vale más el propio convencimiento que aquel al que se llega por medio de los demás. Yo no podría decirte mucho, ya sabes que mi fuerte no es la lógica ni la moral, eso se te da mejor a ti. Pero no creas que quiero inhibirme de tus problemas; si crees que te sirvo de algo, estudiaré contigo las cuestiones que te parezcan. No obstante, sigo pensando que debes trabajarlo tú. Y si, de verdad, quieres consejo, toma un buen confesor, pídele dirección y busca la confianza que te falta; eso se ve claro, te falta confianza, mucha confianza en ti y en los demás. La religión es un buen refugio, pero hay que tener coraje para acudir a ella; tú lo tienes, y, si te lo propones, en estos días terminarás con todas las preocupaciones que ahora te asedian. Yo también las tengo pero no las hago caso, procuro apartarme de ellas y no filosofar con nada. Tu caso es distinto, has llegado a un momento en que tienes verdadera sed; pues bebe agua, bébela en la intimidad de tu alma, sáciate en la religión. Me parece que es el consejo más noble que he dado a nadie, así que tómalo y quiera Dios que te ayude a encontrar la solución.

Claro que he de tomarlo, hermano mío... Cuánto bien me han hecho tus palabras y con cuánta fuerza deseo que estuvieses aquí para poder transcribir las todo lo fielmente que quisiera. Quisiera también que me acompañases en este maldito viaje para estar juntos hasta que ella me

arrebataste de tu lado. Ahora que no me oyes puedo decirte que en los momentos que me acuerdo de ti amo más a la vida y temo más a la muerte. ¿Tú me crees, verdad? Seguro que ahora estás pensando en mí; y sufres; y quizá en tu cara hay una mueca de dolor y renuncia infinita. Yo también pienso en ti y sé que cuando ella me encuentre te sentirás invadido por una conmoción de angustia. Entonces, quizá, pienses que ya no te quiero, que me he ido con ella porque la prefiero; y no es verdad, te juro que no es verdad. Si por algo la odio es porque va a separarme de tu lado y ya no volveré a verte. Ahora me acompaña tu recuerdo; después nada... nada en absoluto. ¿Nos dejarán recordar en el otro mundo...? Moriré pensando en ti. Y al pasar la frontera, «Antonio» será el único concepto lo suficientemente claro como para poder ser recordado.

Después de hacer balance del día de hoy, me queda una enorme preocupación y malestar interior; me he ido de la lengua. ¿Por qué habré sido tan impulsivo y sádico con Antonio? ¿Por qué, queriéndole tanto, le hice pasar tan mal rato? ¿Es posible que nuestra inconsciencia e improvisación nos pueda jugar tan malas pasadas?

Tan calculado como tenía mi silencio y dolor... ¡Mi secreto! Nadie debía saberlo y, menos que nadie, aquel que más me apreciaba y más identificado siento. De acuerdo que él ya lo sabía, de acuerdo que respetará la prohibición que bajo palabra ha jurado mantener, pero, ¿es que acaso su corazón no es tan sensible como el de mis padres? No siento ya esas lágrimas que por mi suerte ha vertido; siento el horror y culpabilidad de la amargura que ha inundado su alma, sabiéndome triste y preocupado.

Si pudiéramos pasar dos veces por el mismo sitio, si la vida nos diera la oportunidad de enmendar nuestros errores, colocándonos otra vez ante el mismo suceso, creo que la mayor parte de las correcciones consistirían en omitir algo que sin querer se nos escapó. Cuántas amistades se pierden, cuántos enemigos nos creamos, cuánto daño puede hacer una palabra de más, un simple sonido que sale de la garganta sin darnos tiempo a detenerlo. En una explosión de euforia, en un acceso de

amistad, dejamos en libertad la lengua y con la mejor intención del mundo abrimos un surco de confidencias que, la mayor parte de las veces, se traduce en una serie de envidias, resquemores y pesares de los que, pasando el tiempo, habremos de arrepentirnos. Qué mal asunto es el no pensar en las consecuencias de lo que vamos a decir. Cómo un silencio del que no fuimos capaces puede dar lugar al martirio constante de no haber sabido callar...

Eso es lo que a mí me ha pasado y por ello estoy arrepentido de haber acrecentado el sufrimiento de Antonio, con el dolor que le supone el saber que sé que estoy lleno de muerte.

Pero esto es algo que ya no tiene remedio y que tengo que aceptar como uno de los últimos errores que todo hombre puede cometer. Espero que en los pocos días que me quedan no vuelva a suceder nada semejante y que no tenga que arrepentirme de haber hablado de más.

Mucho más fácil es, lector amigo, que, a través de los tiempos por los que ha de discurrir tu vida, arrastrado por la pasión, ofuscado por la amistad, distraído, quizá, por pensar en otra cosa, hagas alguna revelación de la que, sin pasar mucho tiempo, te sientas avergonzado y pesadoso. Si así sucede, y si en tu recuerdo todavía está presente el contenido de esta historia, te acordarás un poco de quien un día te lo dijo.

CÁNTICO

Sólo dándonos a los demás conseguimos el tesoro de su entrega incondicional y absoluta.

La hiedra se agarra al muro para no caer, pero sus manos sujetan también las piedras; así el amor que nos llega de fuera fortifica nuestro amor haciendolo más poderoso.

Es de cara a la adversidad cuando podemos medir la desgarradora potencia de nuestro afecto, el estallido rosa del cariño fraterno, la lágrima pura y desconsolada que nace en el alma.

Tu pena, que rebosa la medida de un hombre, comprimida en el pozo del silencio, aflora a la superficie sin poder aguantar la presión de la soledad: se esparce, se comunica, contagia a quien toca y, poco a poco, va llenando las alforjas de un espíritu afín. Pero ya no estás solo: media muerte se va a matar a los tuyos... y se mueren un poco...

Generosamente el hombre, olvidando su agonía, se duele del dolor que produce en los suyos: le taladra el alma la misma espina que hirió a todos los que lloran su partida; pero su llanto tiene doble fuerza, porque se sabe causa del llanto ajeno.

Procura beberte las lágrimas para que los ojos que te quieren no se humedezcan cuando miren los tuyos.

CINCO

Hoy ha venido a visitarme una compañera, de lo cual deduzco que ya se han corrido las voces de mi operación; pero una compañera, extraña coincidencia, de la que, sin saberlo ella misma, sin saberlo nadie excepto yo, estoy profundamente enamorado. Resulta que nuestros padres son amigos y, al conocer la noticia, se ha visto en la obligación de pasar por casa.

El efecto que me ha producido su aparición puede considerarse indescriptible. No sabía qué hacer ni qué decir. Me he visto ridículo y estaba deseando que me tragase la tierra. Sólo su encanto, su comprensión, su dulzura, ha podido deshacer lo tirante de la situación para dejar paso a un diálogo, lleno de timidez por mi parte, pero lo suficientemente decoroso como para que no se haya llevado una mala impresión.

Desde luego he sido todo lo correcto que se puede ser y, ni por un solo instante, he dejado florecer mis sentimientos. Ni una palabra, ni un gesto, ni una mirada... No ha habido nada que pudiera insinuar el amor que la profeso.

Bien mirado, así han sido todos mis amores: míos, exclusivamente míos, sin compartirlos con nadie, sin que nadie supiera el anhelo que me taladraba el alma. Creo que el amor es algo tan noble, tan íntimo, tan suficiente en sí mismo, que no necesita de dos. La única vez que he tenido una experiencia amorosa me ha decepcionado, rebajado, humillado; y la vergüenza y el pesar pusieron broche a la efímera sensación voluptuosa. Diréis que eso tampoco es amor. Pero si hubiera hecho como otras veces, encerrarlo dentro de mí, sublimarlo hasta el infinito y cuidar su pureza, nunca hubiera podido pasar aquello por lo que precisamente la dejé de amar.

Excluido este caso que acabo de citar, todos mis amores han sido idealizados: nunca nadie pudo tener amadas más exigentes, ni más dulces, ni más puras, ni más bellas. Yo imaginaba sus palabras, sus celos, sus arrebatos, sus dudas, sus tormentos... y nada comparable al fulgor de los epilogos en que desembocaban las más variadas situaciones.

Por otra parte, siempre hubo alguna niña de cabellos rubios y ojos grandes, todo poesía y belleza, todo, Dulcinea mía y adorado altar, donde se posaba la perfección de la mujer que sólo la mente de un niño puede imaginar. Ni siquiera los capitulos más prosaicos de mi vida se han visto vacíos de la quimera febril que azota a la tierra: de amor...

Y bajo este aspecto entiendo que la felicidad que nos es dada a poseer, no depende tanto del amor que nos haya caído en suerte, como de la capacidad de amar que cada uno tenga. Por mi parte necesito el laxante del recuerdo para matar el fuego que se abre en mi alma, con muerte lenta, con heridas pequeñas, con tiempos perdidos...

El caso es que ahora, después de su partida, cuando sé que no me puede oír, sería capaz de dedicarla páginas y páginas de arrobamiento, de ferviente dulzura, de admiración cósmica:

«Tienes los ojos brillantes, muy brillantes, los miro y no me veo, el brillo lo absorbe todo y no me veo, podría estar en tus cuencas y el brillo no me deja. Son como un pozo angosto y oscuro donde se refleja la luna: luna bruñida y plateada de una plácida noche de enero, transparente y clara, silenciosa y fría, insondable y yerta, de una noche cubierta de nieve y nostalgia, de una noche infinita que nos habla del himno que entonan cien siglos de amor.

«Eres la belleza misma. Dijérase que todas las beldades se han posado sobre tí para que pueda admirarlas, para que al mirarte pueda intuir todas las delicias del paraíso pagano. Pareces música y éter, fantasía y alma, luz y misterio, sueño divino que amenaza romperse con soplos de realidad. Impasible en tu centro puedes recoger el fruto de tu solo capricho. ¿Quién no diera por servirte su postrer esfuerzo?, ¿su sangre por tu afecto?, ¿su alma por tus besos...?»

«Vivo entre la ilusión y el sueño de lo perfecto, entre la maravillosa

gasa de lo irrealizable y el ideal que conocí al verte. Cuando me vaya, si alguna vez piensas en mí, vibrará mi alma y tú sentirá el choque del infinito. Tus preciosas manos, tu divina mente, tu pequeño corazón, han dejado la huella profunda de la ilusión otra vez te ha creado: mi ilusión.»

Comprenderéis que así todo es más fácil, que mis amores no me los puede quitar nadie y que solamente yo puedo gozar de ellos. Diréis que hay algo de falso, de ridículo, de enfermizo en todo esto. Pero ya no puedo cambiar, toda mi vida ha sido así, y ahora, con un pie en el estribo, las razones pierden su fuerza, se agiganta la locura y sólo construyéndome un mundo aparte, que yo me sé disculpar, puedo seguir mirando cómo discurren los días.

No, no me arrepiento de haberla dejado marchar tan ignorante como entró; es mejor que no sepa cómo me consumo para que no pueda corresponderme. Aunque, la verdad sea dicha, nada en el mundo me causaría más placer que haberla oído decir «te quiero», que haber sabido que su alma bebía del mismo agua. Nunca he sido capaz de publicar mi amor. Quizá por timidez, quizá por temor a no ser correspondido. Pero en estas circunstancias en las que sólo puedo ofrecer cinco días de agonías, de sufrimiento y, después, nada, considero que es lo más viril que se puede hacer.

Habría de estar loca la que aceptara un amor tan perecedero. Y aun así, si alguna fuera capaz de concederme el suyo, estoy seguro de que en el fondo estaría germinando la posibilidad del milagro que habría de curarme.

Bien sé yo que esta farsa, simbólica y egocéntrica, no puede suplir la maravillosa sensación de saberse correspondido. Intento tan sólo vencerme de su autenticidad, de su valía, de su exquisita altura. Y no soy capaz de lograrlo. Quiero disculparme de ese pasado tan lleno de mí, razonando pobremente con argumentos falsos, con efímeras razones y, tras mucho trabajo, sólo consigo teñir débilmente la epidermis del pensamiento. El resto, todo lo demás, canta apasionadamente el ensueño

letárgico de la pareja: dos barcos, dos alondras, dos gotas de agua, dos almas fundidas en el dorado silencio de la tarde...

Supongo que estas disgresiones sobre el amor podrán valeros para que comprendáis algo verdaderamente mío, quizá lo más mío de todo lo que tengo: sensibilidad, una extraordinaria sensibilidad, más bien propia de mujer que de hombre. Al llegar aquí quizá digas para tus adentros: ¡será fantasma! Mira que dárselas de sensible en estos tiempos...

Pero te equivocas: debes comprender que no me quedan ganas de aparecer distinto a como soy; pretendo retratarme y siempre diré la verdad. Además, no podría envanecerme de algo que tantos disgustos me ha costado: de puro sensible terminé siendo insociable y, también por esta causa, en ciertas ocasiones, temo más a la vida que a la muerte. Sobrevivir quizá sólo fuese ocupar un espacio en el que estoy de más y, por ello, algunas veces, no tengo fuerzas ni para desearlo.

No obstante, todavía siento revivir los gratos recuerdos de mi juventud: aquellas perdidas noches de verano en que, embriagado con el perfume nocturno de la tierra, la tibieza del aire y la evocación de mi amada, pasaba las horas rasgando el laúd, haciendo música suave y dejándome arrullar, mientras mi fantasía volaba a su lado para imaginar mil episodios de amoroso contenido. Es un recuerdo verdaderamente arcaico que siento lleno de fidelidad y complacencia; pero que a la par me muerde en la conciencia por su inutilidad, por su mansedumbre, por su resignación. Veo claramente una frustración en ese pasado y siento no tener agallas para romper con él, no tener tiempo para redimirlo, ni la esperanza de su posibilidad.

Ha llegado la noche y me he sentido filósofo, mi alma quiere comprender el espíritu del mundo y se me ha ocurrido mirar al cielo. Tan sólo hay estrellas, nada más que estrellas: unas grandes, otras tan pequeñas que no se dejan ver, que se distinguen una vez y luego nada. Parece que cantan una sinfonía de eternidad y de espacio, una sinfonía a todo lo incomprensible. Son como un epílogo del absurdo vital y me han traído el mensaje más trágico que puede concebirse: «la vida no se

ha hecho para comprenderla, sino para vivirla». Y yo me pregunto si es justo que hayamos de pasar pisando fuerte al borde de lo misterioso, si es posible permanecer en algo que se ignora. Y sí, es posible porque lo demuestra la existencia humana. Pero es angustioso, tan angustioso como el vacío, como la oscuridad, como perderse y no hallarse, como caer y no llegar al fondo. Por eso la ignorancia es la suprema condición de nuestra existencia; al menos la mía. Bajo este aspecto los sabios son las personas menos desgraciadas, los que más se acercan a Dios: su recompensa deben encontrarla en su sabiduría y su gozo al pensar en la ignorancia ajena. Pero, al final de su vida, comprenden que su afán era apoderarse de algo fuera de su alcance. Adán y Eva eran más felices por la ciencia infusa que por cualquier otro don; pero no lo sabían todo, si no la manzana seguiría incólume, yo estaría en el Edén y todo lo escrito carecería de sentido.

Desvarío y no era esa mi intención. Decía que la vida no se ha hecho para comprenderse, sino para vivirla. Pero yo no he vivido. La vida comprende a la existencia, pero mi existencia no ha sido vida, sino un permanecer en ella. Por lo tanto, no estoy en condiciones de dar solución a tan arduo problema; es más, no lo estaría ni aun basándome en la experiencia de miles de años, porque experimentalmente no tiene solución. Muchas privilegiadas inteligencias se han oscurecido en estéril intento de aclarar la existencia. Su fracaso ha sido tan grande como sus ideas, su final desesperación tanto como su orgullo incipiente y tan escasa su moralidad como su fe. De ahí su desesperación, es decir, de querer reducir a ciencia experimental la divinidad palpable del secreto vital.

Bien sé yo que todos fracasaríamos en ese loco intento, incluso la antorcha misma de la fe se vería imposibilitada para contestar la eterna interrogativa. Tampoco los que nos sentimos alimentados por su fuego podemos contestar; pero su resplandor nos ilumina con la dulce resignación de ignorarlo hasta morir, para luego saberlo, para luego comprender la esencia misma de la divinidad.

Esa es nuestra ventaja, la ventaja que incluso en este mundo tenemos los católicos sobre los demás: desistimos de la comprensión porque

la juzgamos inútil: porque nunca se nos daría totalmente, porque sólo conseguiríamos terminar en la locura; en cambio, hacemos de la fe base de todas las inquietudes y de todos los anhelos, cabalgamos sobre ella y en su lomo encontramos la paz que buscábamos. Pero no confundámonos, no es que la fe sea un pobre recurso al que se llega cuando cansados de buscar la verdad tiramos por el atajo fácil y cómodo para no seguir razonando en el choque contra lo imposible: no, la fe no es eso; eso sería un simulacro que lejos de convencer a nadie, llevaría a una pasividad idiota. La fe se impone por sí misma, es algo que nos deja tan convencidos que hace innecesaria toda explicación: el que la tenga sabe lo que es, y el que no, por más que yo me afanase en describirla, no llegaría a comprenderla.

De todas formas, si alguna vez te asalta el ansia del ¿por qué?, ¿de dónde? y ¿hacia dónde?, no pierdas el tiempo en averiguarlo porque no lo conseguirías: confórmate con razonar como yo y hacer un acto de profesión de fe: luego te quedarás tranquilo y me agradecerás el consejo.

Ahora el mensaje de la estrella, aunque es el mismo, no me asusta: veo claramente que nunca humano alguno podrá comprender; pero también veo que habiendo fe sobra la comprensión porque existe la esperanza de la muerte. Tan sólo estoy triste porque me inspiran compasión todos aquellos que se destrozan buscando la completa filosofía vital. Nunca la encontrarán, mejor dicho, pueden encontrarla, pero cuando lo hagan se darán cuenta que la esencial filosofía que nos es dado asimilar es la que destila la fe dándonos fuerzas para creer y practicar las enseñanzas del catolicismo. Esta conclusión me parece tan maravillosa que a pesar de ser yo quien la ha deducido me atrevería a decir que es la mejor norma para conducirse en la vida del saber y del estudio.

Ahora estoy tan tranquilo que mi estado se acerca a la felicidad más que nunca. No me importaría pasar así lo que de vida me resta.

El final se va acercando mucho más deprisa de lo que yo imaginaba. Ya mañana debo marchar a Madrid para internarme en la clínica y poder preparar mi organismo a recibir los efectos de la operación. Me

hubiera gustado no tener que salir de aquí para ir en busca de la muerte: pero Avila no cuenta con equipo adecuado, ni especialistas de cirugía capaces de intentar una cosa semejante. ¡Qué le vamos a hacer...!

Son casi las tres de la madrugada y supone un abuso querer prolongar más la vigilia. Necesito acostarme y descansar para poder hacer el viaje con una relativa comodidad.

Hasta mañana.

CÁNTICO

Tenía sed de carne, pero su orgullo mantuvo la pureza con más rigor que el cilicio. La ética de su pudor se escondía en la timidez; salvada ésta, su cuerpo hubiera servido de pasto a la lujuria, tal y como el fuego devora la paja reseca.

La belleza de la mujer calaba su esencia, retorciendo el apetito de ansiedad y codicia. Se revolcó en el lodazal del deseo, pisando la ilusión de pureza que florecía en el alma, machacando la azucena del pasado, arrojando de su pedestal la quimera virgen.

Desde entonces, la princesa apareció como una extraña ante la mirada de sus ojos turbios: demasiado alta para sus manos inexpertas; demasiado baja para su frente soñadora... Y ya no la quiso.

Ten cuidado no vayas a rozar sin querer la túnica azul de las hadas y se rompa el hechizo de tu fantasía.

Se ha encendido una lamparilla en el altar del hombre que conoció el pecado. Aquella misma carne que arrojó a los cerdos, ahora la quema con la llama púrpura de la desilusión. Sus princesas ya no son tentación para su cuerpo herido y sólo su alma se recrea con el encanto de los sueños que teje desde el prisma de su soledad. Princesas de éter, princesas de humo, ángeles...

El universo astral de su contemplación íntima pasa de la mujer al mundo, de lo externo a lo interno, de lo accesorio a lo fundamental. Y los pliegues indescifrables de los secretos divinos se acercan al hombre para descubrir en toda su grandiosidad la fortaleza de su fe.

CUATRO

Por la mañana en Avila, en mi patria chica: sólo han pasado unas horas y ya la nostalgia ha hecho presa en todo mi ser: los ruidos, el calor, el ambiente, incluso este aire es distinto al nuestro. Allí todo destila paz y calma, parece que el tiempo se ha hecho crisálida y que las horas no corren, que incluso las piedras duermen y que el aire es eterno: y parece también que su alma es el mismo cielo, maravillosamente azul y transparente que, tocando a lo sublime, transforma a cada abulense en un gigante.

Aquí es todo tan distinto que me desconcierta. Por eso mi frente se engalana de recuerdos, de un recuerdo legendario, de un recuerdo con brillo de siglos y calor de hogar. Es su recuerdo, el recuerdo de Avila. No puedo dominar la imaginación y se me presenta viva y palpitante frente a mis ojos.

¡Cómo añora el alma lo que ha perdido! La mía lo iba perdiendo todo en ese tren que me ha puesto en esta incomprensible ciudad. Vía adelante, sin tregua, sin reposo. Camina y camina mientras un alma se va haciendo pedazos. A él no le importa, es una máquina, no puede parar y ruge con sorna, casi con burla, como queriendo estallar en una cruel carcajada. Sí, mi alma se deshacía: por todo el camino ha venido llorando rastros y deshojándose en penas y angustias. ¿Pero, qué es un alma? ¿Lo sabe acaso el bruto de hierro? No, no sabía nada. Ha caminado imposible, no vivía mis emociones... Y yo iba dentro, sin poderle parar, sin poder explicar a nadie mis sentimientos. ¿Por qué no paró unos minutos, unos segundos siquiera, ante esa última visión..., tan lejana, tan chiquita, ya que podía cogerse con las manos, tan bonita y serena y, sobre todo, tan mía? En ese segundo la ciudad fue mía y ya lo

será para siempre. La amé tanto que forzosamente ha debido pasar a mi poder. Y ella lo sabe. Avila sabe que es mía, que vive conmigo y que la tengo en el alma. He sentido su voz y se me ha entregado, ha sido ella quien ha querido ser mía,

Con cuánto sentimiento la he recorrido esta mañana: cada piedra, cada calle, parecía decirme: Adiós, Jesús, tú ya no volverás por aquí. Y mi mirada no se cansaba de contemplarla; quería abarcarla toda, impresionar mi retina con la majestad de su vieja historia; saciarme por completo para poder revivirla en cualquier momento. A la vez, tenía verdaderas ansias de poder expresarle mi amor y no sabía cómo: sólo se me ocurrió ir recogiendo papeles. Los recogía uno por uno, como recreándome en servirla; y ella, melódica y triste, parecía estremecerse de gozo. De vez en cuando, como atraído por no sé qué graciosa sugestión, dejaba volar mis manos hasta que acariciaban con mimo todas esas esquinas que ya no volveré a ver. Y entonces, cuando mi piel se fundía con la piedra, sentía como un calambre de emoción fría y serena.

Después, cuando caminaba para la estación, profundamente solo, callado y hueco, cada paso me sabía a penas y cada pensamiento me costaba una lágrima. Iba sintiendo el peso de la partida porque notaba en lo más íntimo que no habría retorno: notaba que era un viaje sin fin y que el poner los pies en el tren era como dar mi consentimiento para no volverla a ver. Por eso tuve un momento de vacilación: deseé inhibirme de mis problemas y razonamientos para poder llegar tarde y quedarme en Avila hasta que, triturada mi existencia, pudiera pasar a mejor vida.

No sé por qué, pero tira mucho la patria chica. A mi me subyuga con una fuerza verdaderamente titánica; y lo más curioso es que no la encuentro ningún atractivo particular. Creo que es toda en sí, que es Avila entera la que me atrae, o mejor, que es mi nacimiento abulense el que me ata a Avila con lazos indestructibles. Sea como fuere, el estar alejado de ella me produce un tremendo malestar moral al que no logro acostumbrarme. Imagino, no obstante, que esta crisis es sólo debida al poco tiempo que llevo aquí y a las especiales circunstancias por las que

he venido; si no, sería algo tan ridículo que no me atrevería a contarlo.

Pero quizá me haya puesto un poco pesado hablando de Avila, así que procuraré sobreponerme para contarles, al menos, dónde estoy y la primera impresión que Madrid me ha causado. Respecto a lo primero tengo poco que decir: he venido a parar a casa de una prima de mi padre: ella no está en casa en estos momentos y yo me hallo escribiendo encima de una mesa del cuarto de estar. Es una casa de estilo antiguo, emplazada en el centro de Madrid, concretamente en una transversal que cruza el trayecto Sol-Opera. En cuanto a lo segundo, es decir, mis primeras impresiones en esta gran ciudad, es algo más complicado. Y he de empezar por poner en orden mis ideas.

Antes de seguir adelante quisiera advertir que Madrid no es para mí una ciudad desconocida, dado que, al menos, son diez o doce las veces que he estado en ella.

A las cuatro de la tarde, hora en que llega el tren que sale de Avila a la una y media, se me pudo ver atravesar escéptico y melancólico la estación de Atocha. Esta vez todo apareció con una visión nueva y sombría. Desde el primer momento me ha causado la impresión de encontrarme en un inmenso ataúd: sus calles ya no tienen ese carácter de alegría con que las mira aquel que las visita por placer. Ahora son angostas y herméticas, sin cielo, sin sol, profundamente tristes e impresionantes. Sus plazas son punto de partida hacia lo infinito, como una concepción errónea del comienzo de la eternidad. Y sus ruidos ya no son el residuo de una civilización despreocupada y alegre, son un anticipo de las siete trompetas del Apocalipsis, terrible algarabía que amenaza con la destrucción y la muerte.

Todo en sí me ha sobrecogido con un estremecimiento de agonía. Hasta sus mismos indígenas, con fama de rumbosos y juerguistas, parecen tener caras fúnebres y cansadas, brillos de odio y muecas de soledad y llanto. Incluso el ambiente que se respira es asfixiante y tétrico: nadie se conoce, todos pasan de largo y en todas las miradas se adivina desprecio y egoísmo.

Por tanto, ¿qué tiene de particular que esta ciudad me resulte antipá-

tica y que sólo haya salido para ir a la clínica? ¿Qué cosa más natural que, a cada instante que pasa, me invada con más fuerza el recuerdo de Avila?

De todo esto saco como conclusión que aún no me he recuperado de la profunda conmoción que Madrid me ha causado. Ha sido tal el vacío que se ha formado en mi ser, tal la impresión de angustia y soledad, y tal la decepción sufrida, que creo que pasará bastante tiempo antes de que esto suceda. Ya al bajarme del tren llevaba sobre mí una buena carga de abatimiento. Pero fue luego, atravesando Madrid, cuando pareció que el cielo se desplomaba sobre mis espaldas. Me consideré más minúsculo que nunca, más imperfecto e insignificante. Parecía que los inmensos edificios podrían tragarme en cualquier momento y que sólo esperaban una señal que los incitase. Para qué ocultarlo, tuve miedo, un miedo terrible del gran Madrid, de su fabulosa magnificencia. Pero, sobre todo, tuve miedo de sus habitantes. ¿Quién era yo entre toda aquella gran multitud? ¿Lo sabrían ellos? ¿Lo sabía yo siquiera? Podrían destrozarme en cualquier momento, reducirme a cenizas, pisarlas y aventarme luego, de forma que ni siquiera quedara huella de mi existencia. Bastaba para ello que yo fuese el único humano y el resto de la humanidad un mito. Un mito cuyo centro y eje fuera Madrid, poderosa máquina destructiva sin nociones de caridad ni de amor. Y la inquietud aumentaba porque me parecía que allí había desaparecido la fraternidad, que, a lo sumo, reinaba una coexistencia, un transigir de unos con otros, porque ninguno sabía quién era el más fuerte. Y yo me escudaba en esta ignorancia, pero siempre temiendo que en cualquier instante se descubriera que era un extraño, alguien que no tenía por qué estar allí y que, en consecuencia, ahora veo claro qué ilógica, se abalanzaran sobre mí y me despedazasen.

Luego pensé que era un juguete, el juguete más perfecto salido de manos de nadie. Era el último grito de la técnica. Y mis ideas eran un libro abierto en el que leía la humanidad entera. Todos eran superiores a mí y se entretenían observándome, mientras yo sufría enormemente al saberme víctima de la atención general. Mi vitalidad era como una gran

experiencia que había de acabarse cuando se cansaran de mí, cosa que sucedería muy pronto porque estaba computado para un ciclo que tocaba a su fin y que, a lo sumo, podría repetirse invariablemente, restando así el interés de la observación.

En el fondo me daba cuenta de que no podía ser así. ¿Es posible que todos los que pasan, que todos los que viven en Madrid, estén por encima de mi conocimiento? Pero seguro que no existen. Sólo me hacen verlos para darme confianza. No obstante, es una crueldad, una crueldad innecesaria: si soy creación suya... ¿por qué me hicieron tan ignorante? Si son dioses no pueden ser crueles. Entonces, sólo son el decorado donde yo me muevo. Pero, ¿quiénes son los espectadores que siguen la farsa de mi vida? Siquiera tengo el consuelo de no verlos y la duda de su existencia. Presiento, no obstante, que son hombres, hombres que hallaron el mismo secreto que yo descubro ahora. Claro que si son hombres, quiere decir que existen y que no son decorado, sino actores, actores cómo yo.

Los muertos están disfrutando con los errores de los vivos; pero de mí no se rien: he dado con la verdad y es preciso aniquilarme. Tienen que venir a por mí, porque ése es mi premio, pasar a ser espectador, a reír con ellos de las miserias mundanas.

—Escuchad mi llamada, inmortales seres, venid a por mí y haced mi muerte dulce para presenciar con vosotros el mundo, para gozar de la sabiduría, para no sentir la envoltura carnal y sentirme ligero sin materia ni peso.

Desde luego, ni los espíritus vinieron, ni yo esperaba que lo hicieran, aunque, a decir verdad, quedé como un poco corrido y decepcionado de haber llegado a esos límites.

Estas y otras muchas cosas iba discurriendo a medida que atravesaba Madrid y, la verdad sea dicha, llegaron a sugestionarme de tal forma que hubo momentos en que mi razón, sin distinguir entre farsas y realidades, estuvo a punto de rayar en la locura.

También presumía que incluso a los mismos madrileños había de hastiarles su ciudad. ¿Dónde encontrarían su libertad? ¿Acaso en la

gran jaula madrileña, perdidos en ese caos de encrucijadas? De acuerdo que han nacido aquí y que su vida es ésta; de acuerdo, incluso, en que algún necio pueda creer que en su inmenso Madrid, en su terrible Madrid, tiene libertad de movimiento, libertad de existencia, libertad de pensamiento, libertad de lo que queráis. Pero.... ¿y los anchos horizontes?, ¿y la belleza de un paisaje campestre?, ¿y la fina rudeza de un montañero?, ¿y la esclarecida filosofía de un pastor? ¿Pueden acaso palpar estos primitivos goces? Sencillamente, no. Sólo saben que eso existe y por eso Madrid les empalaga. De ahí esos fines de semana, esas excursiones veraniegas, incluso ese Parque del Retiro, tan lleno ya que, más que retiro, parece colmena. Pero el cielo que les invita a sacudirse y que están deseando abrazar, el cielo que presienten y andan buscando, muy pocos lo podrán alcanzar. Porque, para ello, hace falta quitarse capital y ponerse alma de pueblo.

Y llegando a este punto no tengo más remedio que admirarme de que la civilización haya dado origen a estas monstruosas y gigantescas jaulas. Admirándome a la par de que haya gentes que, encerradas en ellas, puedan tener el alma soñadora de los poetas.

Quizá me haya salido un poco del tema propuesto, ya que mi intención no era abordar la discutible problemática madrileña. No obstante creo, y me daría por satisfecho si así ocurriese, que habrán podido observar que la impresión que Madrid me ha causado no ha sido todo lo buena que yo quisiera. Quizá sea porque tengo alma de pueblo, o quizá porque, queriendo comparar algo tan distinto, he puesto como piedra de toque la esencia sutil de la ciudad de Avila.

El sacrificio de mi silencio va a resultar estéril, quiero decir que, a la larga, mis padres van a saber que yo conocí mi suerte. El día que lean estas líneas, líneas que con un poco de suerte alguien se atreverá a publicar, se darán cuenta de todo el amor con que fueron tratados. Creo que su corazón se ajustará a la realidad y sabrán ver cómo supe pagarles con la misma moneda. Quizá lleguen a pensar que fui injusto, que debía haber hablado para que pudieran desfogar todo el amor que tenían comprimido, que debía haberles dado la oportunidad de llorar en

alto, de gozarse en la ternura, de sacrificar su tiempo, su dinero, en atender mis últimos caprichos. Sabían lo que iba a suceder y no pudieron saborear la despedida; hubieron de decir un «hasta luego» sabiendo que ese luego no vendría. Dejaron estancado en el fondo de su alma el adiós definitivo, el beso de despedida, la lágrima de la muerte.

Dicho así suena demasiado trágico y puede que, incluso, falso. ¿Quién sabe si cuentan con el milagro del éxito? ¿Quién quita que todo el pesimismo de mis teorías esté contrarrestado por el optimismo de las suyas? ¿Por qué voy a dudar de su esperanza?

Dejadme creer que la ilusión de la vida ha mordido con fuerza en el valle, tiniebla sinuosa, del porvenir. El cielo lleno de piedad, sabrá poner la venda en los ojos que amorosamente no quieren ver la triste realidad del infortunio.

Sueñan mis padres, y en la góndola de su ilusión, descubren a su hijo fuerte y victorioso, triunfando sobre los abismos, lleno de vida, dándoles nietos y recordando en amoroso coloquio la triste etapa que hubieron de salvar.

Sólo la penosa realidad que tienen que vivir dentro de tres días será capaz de despertarles, con golpe rudo, mórbida crueldad, lamento triste ensañándose en el agotado espíritu de quienes me dieron el ser. Como consuelo quedarán todavía siete hijos, siete trozos de su alma que deben llenar el tiempo de su cercano otoño.

Pero aunque no quieran, cuando miren atrás descubrirán que su energía se posó en ocho tallos y que perdieron uno. Y las lágrimas vertidas por su ausencia será la lluvia benéfica que vigorice a los demás. Unidos, hermanados, amigos, crecerán todos. Y el recuerdo del que se fue será un símbolo para que la familia sienta la palpitación de su trascendencia.

Se me olvidaba deciros que en la clínica no les quedaba ninguna habitación libre. Me han dicho que vuelva dentro de dos días y que no me preocupe, que hay tiempo más que suficiente para un tratamiento preoperatorio.

De todas formas ya no me vuelvo a casa. Me quedaré aquí, con la tía,

y esperaré mi turno pacientemente. Creo que si me marchara, habría de costarme un triunfo volver: eso, si volvía.

Así que más vale poner los medios para no caer en la tentación de mandarlo todo a la porra.

CÁNTICO

Has sentido la voz de granito de la ciudad que te vio crecer, se ha humanizado su piedra para despedir al amante... Y lloran las almenas... y llora un hombre...

Ya nunca más sus plantas hollarán el manto albino de tus inviernos crudos, nunca más la sombra fuerte de su historia cubrirá su frente del fuego de agosto. Y en las noches de Castilla, despidiendo luz tu muralla milenaria, faltará el espectador enamorado que se bebía la belleza medieval majestuosa, impresionante, que ciñe tus entrañas.

En una tierra hostil —el mismo Paraíso lo sería— sueña el viajero tu presencia de siglos y combates, las glorias del pasado, el rumor de la historia hecho dibujo en el perfil de tu silueta almenada. ¡Qué lejos estás! ¡Cómo vibra su ser al evocarte! ¡Cuánto te ama el viajero que ya no ha de volver...!

Madrid castiza, alegre, bulliciosa, que otro tiempo fuera admiración y regocijo, hoy embarga de pesar al viajero triste que viene a por su muerte.

Tiene el viajero un recuerdo nostálgico para su familia y les deja un mensaje de amor. Cuando ya nadie le pueda atosigar ni compungir saldrá a la luz la ternura de su espíritu para que, siquiera los suyos, tengan la presencia viva de su intimidad.

En su delirio, el viajero cree que no pueden olvidarle; pero el tiempo no perdona y todas las heridas cicatrizan a su paso. Por eso ha dejado la herencia punzante de su testimonio.

TRES

Qué largas son las noches desveladas y qué negras las horas de pesadilla... No recuerdo haber pasado una noche tan desagradable como la de hoy en toda mi vida. ni creo que tu imaginación pueda concebir otra semejante. Después de acostarme quise olvidarme de todo. relajarme. no pensar en ello y confundirme con la nada. Quería no ser. Pero quería no ser de tal forma que viese pasar el tiempo de mi inexistencia, apreciando la felicidad de no sentir ni pensar. No obstante, pensaba. Y pensaba que aun así la felicidad no sería completa porque el tiempo pasaría por mí y volvería a dejarme otra vez atado al mundo. De esta forma sólo cabía la solución de destruir el tiempo. Y si así lo hacía, la felicidad no duraba. Por lo tanto llegué a la conclusión de que la nada infinita era el único recurso para el cuerpo enfermo y la mente cansada; durante algunos instantes creo que llegué a comprender a aquellas religiones orientales que, transmutando las almas, aspiran al nihilismo.

Mi cerebro parecía un volcán en plena erupción de ideas que, muy a mi pesar, se reproducían al segundo. Por otra parte, yo mismo era la causa de mi sufrir. No podía acusar a nadie y me odiaba. Y mi odio aumentaba el dolor de la noche. Cuántas veces me pareció que era llegada la hora del crepúsculo, otras tantas las tinieblas se volvieron a cerrar sobre mí. El día tardaba y la noche era eterna.

Cuando quedé dormido, y quizá sugestionado por estos preámbulos, mi sueño descubrió algo todavía peor que la vigilia. Era todo tan real y terrible, tan cruel y extraño, tan horroroso, y a la vez tan posible, que me parece estar sin fuerzas ni energías para sobrellevar los tres días que quedaban. La angustia, la ansiedad, el sobresalto, la duda e, incluso, el miedo, se han sucedido lentamente y bajo todos los aspectos posibles.

Ahora creo que comprendo el llorar de los niños cuando se cierne la noche o los dejan a oscuras. También vosotros lo comprenderéis si es que logro daros una idea de mi pesadilla.

Yo estaba solo, más solo que nunca, sumergido en un vacío profundo e inmenso, como flotando en la esencia de la nada. Miré hacia el frente deseando ver algo y no vi nada. Todo era negro, de un negro absurdo y funerario que estremeció a mi ser. Volví la cabeza y también había tinieblas. Me fijé en el infinito y no lo había, todo era negro y tampoco vi nada. ¿Estaría ciego? Quise llevar las manos a los ojos y, mientras temía encontrar las cuencas vacías, descubrí que no tenía manos, que no tenía ojos, ni piernas, ni tronco. ¿Escucharía siquiera el latir del corazón? Silencio absoluto; ni su latir, ni el mismo corazón, me acompañaban. La carne me había abandonado. Di un grito fuerte, sabía que mi voluntad lo había dado. Pero ni lo escuché ni pude articularlo. Era inútil, no tenía cuerpo, sólo era un espíritu, un alma con recuerdo de sus cinco sentidos, con entendimiento de cinco sentidos y con voluntad para cinco sentidos; pero sin sentidos, sin un cuerpo que los albergase, sin nada material a que pudiera agarrarse mi invisible esencia. Todo lo que podía llamar mío era tan abstracto, que no permitía hacer nada para materializarme. ¿Cómo pudo suceder el cambio, ese cambio al que podríamos llamar la muerte? No lo sabía. Sabía tan sólo que era un alma flotante y perdida en un caos de tinieblas. Las tres potencias luchaban contra lo absurdo de la situación: la memoria recordaba todo el pasado, la vida entera, menos el momento de la separación; el entendimiento se veía ofuscado e impotente para resolver lo ilógico del suceso; y la voluntad, una enorme voluntad, que aun deseando con mucha fuerza la materialización, sólo podía hacer eso, desearlo. Eran muy pocos poderes para tan gran empresa, y la amnesia, la locura y la desesperación me asaltaron en un torbellino de sentimientos confusos que parecía enviado de las regiones satánicas.

Nada más cruel y doloroso que el sufrir de un alma sin cuerpo, de un alma sola, para quien ni siquiera existe el tiempo. Basta permanecer en ese estado para que lo consideres la eternidad, para que comprendas

que ese segundo, esas horas, esos minutos que duró mi sueño, es la situación permanente de un dolor eterno, o la eternidad de un dolor instantáneo que por ser tan intenso escapa de sus fronteras. Aún cuando lo recuerdas comprendes su pesada eternidad.

Como verás, ni siquiera los sueños me permiten gozar de salud; en la mayor parte de ellos vislumbro el agonizante espectro de un cuerpo débil y un alma ansiosa de vida. Me construyo una humanidad agria, con el dulzor del deseo y la amargura del preso. Pero todavía es peor despertar a la vida y perder la esperanza. Me invade el pesimismo y considero a la muerte una amiga que tarde o temprano vendrá a liberarme. Es el supremo recurso, el único posible, el que destrozándome el cuerpo librará mi alma.

Entiendo no obstante que conviene estar prevenido y atento a los giros que incluso una cosa tan pequeña como un sueño puede producir en un alma que empieza a beber la angustia del prematuro final.

Bien quisiera hacer de cada segundo un siglo, vivir en cada uno cien años de apasionada vitalidad y observar el derroche de los tiempos sumido en la eternidad del infinito.

Pero esto no es posible y sólo la quimera del recuerdo puede sustituirlo aunque de una forma muy deficiente. Veamos si me explico: se trata de la nostalgia que me produce cualquier lejano suceso que a la memoria me venga. Además soy muy propenso a ello, basta una palabra, un rostro, la visión de alguna cosa, para compenetrarme casi instintivamente con una situación parecida y oculta entre la nebulosa del pasado. A veces es un recuerdo tan borroso que dudo si será imaginación, en vez de un hecho real y pretérito; otras lo veo tan claro que me parece su repetición con pequeñas e intrascendentes variantes. Es como si viviera dos veces una misma sensación, o como vivir de una vez dos sensaciones análogas. En cada una de las ocasiones que me ha sucedido esto, no he tenido más remedio que preguntarme si ello será como vivir dos veces o, por el contrario, será vivir la mitad, ya que durante estos accesos nostálgicos me situó tan bien en el pasado que me guió por él, apartándome casi por completo del presente. Ha habido veces en

que, tratándose de una conversación, he repetido textualmente lo que ya dije otra vez, sin atender para nada a la pregunta que me hubiesen formulado. Por una parte me parece que vivir presente y pasado en una sola vez es el doble de lo que suele ocurrir; pero, por otra, creo que, repitiéndose todo tan fielmente, es vivir menos que si ocurriera otra cosa distinta. O sea, que con el mismo hecho me surge la duda de dos consecuencias totalmente dispares.

Bueno, no era mi intención extenderme tanto en esta pequeña duda. Sólo quería que posaras tu alma en la emoción que florece junto a mis recuerdos. Quería comunicarte la única embriaguez de mi vida, la dulce embriaguez de recordar, supliendo lo necesario, hasta conseguir mi ego-céntrico ideal. Sí, sucede muchas veces que he de añadir palabras, hechos e ideas, incluso suprimir algo, hasta que logro recrearme en algo que bien pudo suceder. Me gusta permanecer horas enteras reviviendo extasiado los pequeños sucesos que fueron toda mi felicidad: los transformo a mi gusto y capricho, los doy cien mil vueltas y, por fin, quedan tan nobles y perfectos como quisiera que hubieran sido.

La verdad es que gozo recordando, pero quizá a ti no te ocurra lo mismo. Es claro que tú miras siempre al futuro, no retrocedes y tienes mucho camino por delante; pero el mío se acaba, estoy casi llegando al abismo y siento miedo, lo veo tan cercano que sólo mirando atrás encuentro alivio a mi pena.

De cualquier forma, en la desgracia es más desagradable evocar días felices que recordar sucesos tristes. Estos sirven de consuelo, aquéllos de odiosa comparación que termino envidiando. Creo que, en el fondo, las lejanas jornadas en que fui feliz sólo hacen aumentar mi dolor. El decir lo contrario viene a ser una forma de falsear la realidad, un deseo inconsciente de apartar los crueles momentos por los que atravieso.

Sinceramente, lector, ¿no es triste que mi juventud haya de caminar por este sendero? ¿No es triste que deba pensar como un hombre, teniendo sangre temprana? ¿No es triste el silencio de los que no se atreven a gritar? ¿No son tristes las ramas tronchadas en el primer amanecer...? Sí; yo soy la tristeza de lo que no llega a su destino, o de lo que llega sin madurar.

Por eso me aterra el futuro. Y le odio. Y le escupo. Y sé que el futuro me odia y será mi perdición. Sólo me ampara el recuerdo y él es mi amigo, mi amante, mi sueño y la única razón de mi existir. Ni los mismos sucesos que revivo fueron tan bellos como su recuerdo. Son ahora tan suaves, tan dulces, tan mansos, tan imprecisos y nostálgicos, tan armónicos y tibios que, al borrarlos, mejor fuera que a mí me borrasen.

Algunas veces, en los momentos de más serenidad, soy capaz de asomarme al porvenir sin inmutarme, sin siquiera sentir emoción o intranquilidad. Mi pasividad no me permite la rebelión psicológica que, por otra parte, es inútil cuando el enemigo es el sino. En estas ocasiones lo juzgo todo tan friamente que considero absurdo martirizar mi cerebro con problemas que sólo el tiempo puede resolver. No acabo, pues, de entender este doble juego de mis sentimientos, algunas veces tan apasionados como indiferentes otras. Me inclino a creer que es el hastio de la idea lo que me hace tan voluble: tanto machacar, tanto pensar... Sin lugar a dudas da por resultado una solución con cada posibilidad y estado de ánimo. Surgen, pues, a veces, sin premeditación ninguna, ideas dispares y contradictorias, partiendo siempre del mismo absorbente pensamiento. Y bien está pensar, pero sólo lo suficiente para que no le tilden a uno de imbécil. Pensar de forma moderada, sin sugestionarse tanto, sin llegar a estos extremos en que me parece enloquecer.

La única disculpa que me encuentro es que si a cualquier otro le sucediese lo que a mí, es casi seguro que habría de comportarse igual. ¿Verdad, lector amigo, que es natural que intente secar mi cerebro? Para los demás es algo intrascendente y sin el menor interés. En cambio yo soy el interesado, el protagonista, el llamado al suplicio, el que tiene que darle importancia. ¿Quién iba a darla si no? Por tanto, perdóname si la idea se repite mucho: piensa que, quizá, ya esté muerto, que lo que lees puede ser un testamento, las últimas palabras, el postrer recuerdo, mi aliento final...

Ahora mismo se me ha formado un vacío en la cabeza del que no soy capaz de salir. No sé cómo continuar, ni me acuerdo de lo que os he contado, ni si me habré repetido en alguna ocasión. Supongo que en los

pocos días que quedan, precisamente por ser los últimos, no me abandonarán las ideas y podré seguir haciendo mi trabajo sin llenar de paja su contenido. Desde luego, si tuviera que continuar ahora, fácilmente no hiciera otra cosa más que divagar, dar vueltas al mismo asunto e interrumpirme a cada momento.

Por eso lo voy a dejar. Creo que he escrito menos que otros días, pero me ha llevado más tiempo y estoy muy cansado. ¡Mañana será otro día...! ¡Concretamente el antepenúltimo!

CÁNTICO

El huracán del miedo ha sorprendido al moribundo en una visión aterradora y profética. La médula de su espíritu, atenazada por las pinzas monstruosas de lo desconocido, se retuerce en sí misma hasta conseguir las más perversas y fantásticas alucinaciones.

El futuro se oscurece al tomar la senda tenebrosa de los abismos y en la meta se estrangula el embudo del tiempo.

No hay esperanza, sólo tres días cuentan en su haber y las horas se suceden con el ritmo fúnebre del desconsuelo. La brevedad de la espera tensa los nervios del enfermo y se tiñe de amargura el pensamiento...

El final, jinete cadavérico, se le echa encima, enhiesta la guadaña y el corcel sin freno, al galope rabioso que espolea su propia fantasía. Los cascos, azabache de hierro, perforan el aliento sutil de su agonía y un silbido prolongado que corta el aire secciona sus entrañas con el filo grana del acero.

Llenas de piedad se abren las puertas del pasado y aparecen tibiamente iluminadas otras escenas...

Su cerebro se zambulle en el recuerdo de otros tiempos más felices, y evocándolos se le escapa, de algún modo, la dureza del presente, la amargura del futuro...

¡No te engañes pobre enfermo! Tú sabes que han pasado los días rosas de la niñez lejana; tú sabes que, al hacer el avestruz, nada consigues, y que el tiempo es necesario para morir peleando, bravamente, contra el destino fatal.

DOS

He conocido al hombre que debe operarme. Es un doctor como de unos cincuenta años, de facciones agradables, alto, con voz grave, muy cordial y poseedor de ese maravilloso don capaz de cautivar a las primeras de cambio. Es un famoso y conocido cirujano del que me reservo el nombre dada la dificultad que la operación tiene. No obstante, presumo que a él no habría de importarle. Se ve que ha consagrado a la ciencia su vida, que lucha contra la muerte y el sufrimiento, y que nada ni nadie puede torcer su camino. Mide el dolor con más conocimiento que nadie; pero ni sus fracasos pueden hacerle desistir, ni sus éxitos llenarle de la soberbia capaz de abandonar.

Curiosas vidas éstas, rodeadas siempre de sangre y agonía, tan sensibles como cualquiera, pero ocultas bajo una máscara de hierro; imperturbables, inexpresivos, herméticos. Es mentira que su alma se encallece, que su corazón se insensibiliza y que se acostumbran al dolor llegando a parecerles algo natural. Todo lo más, se han impuesto la obligación de no dejarse impresionar y, aun la mayor parte de las veces, no lo consiguen: sólo de cara al exterior mantienen su apostura y su ánimo; y sus palabras caen como bálsamo benéfico sobre la torturada existencia de los enfermos.

¿Cómo un doctor puede acostumbrarse a dejar un cadáver sobre el quirófano? ¿No creéis, por el contrario, que será el más afectado, el que más lo sienta, el que ha de llevarse la mayor impresión? Por eso, cuando oigo comentarios sobre este tema: que si le ha dejado morir, que si llegó tarde, que le recetó una medicina equivocada, no tengo más remedio que sonreír y disculpar la ignorancia y el dolor de los que así hablan.

No es que quiera romper una lanza en su favor, haciendo ver que en

su profesión no existen fallos humanos, eso no; pero si quisiera dejar claro que en la mayor parte de las ocasiones en que se les tacha de negligentes o ineptos sólo oímos la voz rencorosa de los que sufrieron una experiencia desafortunada y, sólo merced a ello, se les puede disculpar. Tampoco podemos pedir que sean hombres perfectos, de esos que en su trabajo nunca cometieron un error. Buscando en el fondo de todas las conciencias es fácil que se pudiera encontrar algo mal hecho, algo de lo que están arrepentidos, algo que precisamente les dará más fuerzas para consagrar su vida a desterrar la enfermedad, extender la salud y prolongar la existencia.

Vayamos ahora en busca del aspecto positivo, de la parte noble, del comportamiento heroico, de la actitud abnegada, de las vidas que rebozan sacrificio. Y aquí sí que podríamos llenar volúmenes y volúmenes de ejemplos sublimes que pasaron por el mundo ejerciendo el sacerdocio de la medicina. Vidas pequeñas, a veces, de las que nadie sabe nada. Médicos rurales con cinco o seis pueblos, llenos de bondad y de ciencia, hombres duros e incansables que nunca dijeron no a nadie. Con nieve, sin caminos, a las tres de la mañana, cogen su yegua y su maletín porque alguien los llama. Quizá no puedan llegar. Pero eso no cuenta. El deber los obliga y el enfermo no espera.

La clínica es como todas: un edificio grande, relativamente moderno, lleno de pasillos y habitaciones, lleno de enfermedad, lleno de muerte, lleno también de ilusiones y de vida. Mi habitación es la 207, un número cualquiera que en esos momentos estaba vacía. Tiene dos camas, dos timbres, dos mesillas, tres sillas y una mesa. Hay un servicio separado por una puerta, dos cuadros pequeñitos firmados por J. Sánchez y una amplia ventana que da a un jardín donde pasean los convalecientes. También hay teléfono.

He tocado un timbre y sin que transcurrieran siquiera dos minutos ha aparecido una enfermera, una chica joven más bien feilla. La he preguntado por el último inquilino de la habitación. Se ha puesto roja para contestar. Era, me dijo, un niño de diez años, un niño azul que murió antes-de-ayer. Y se secó una lágrima... Un niño que tendría padres y

hermanos, un niño sin maldad ni enemigos, un niño con su pequeña vida y sus pequeñas ideas. ¡Otro mundo que se ha roto!

En estos días que faltan, tienen que hacerme no sé cuántas pruebas y someterme a un tratamiento especial. Y si todo marcha como es de esperar la operación no ha de retrasarse lo más mínimo.

Pero es lo que yo digo. ¿hasta qué punto son necesarias tantas pruebas y requisitos? ¿Creen ellos mismos que eso puede influir en el éxito? ¿Si así no fuera para qué iban a hacerlo? ¿Por qué se iban a molestar?... Hasta yo mismo estoy empezando a creer en el milagro. Creo que me ha ayudado mucho la entrevista que he mantenido con el doctor. Sus ojos me han mirado como se mira a las personas, y sé que cree en la vida, sé que está convencido de poderme ayudar. ¡Dios haga que no le decepcione!

Es curioso hasta qué punto pueden influir unas personas en otras. Hasta ahora no he hecho sino lamentarme. He llegado a la clínica pensando en el matadero y nada más entrar he descubierto que puede no serlo. Estaría bueno que después de tenérmelo tan tragado, llegara a la convicción de que podría recobrar la salud.

La verdad es que me han dicho que las ganas de vivir es el mejor de los medicamentos y que, sin ellas, cualquier operación, cualquier terapia, está condenada al fracaso. Y esta confianza que comienza a invadirme, quizá un poco forzada, es sólo un primer paso para poder llegar a un final feliz. ¿Cómo voy a apetecer algo que no espero conseguir? Es, pues, necesario creer en su posibilidad para así llenar el vacío que existe desde el deseo a su consecución. Esto viene a ser algo así como empezar la casa por el tejado. Pero sé que voy a ser capaz de sugestionarme, de creérmelo, de esperarlo con tanta fuerza, que si las ganas de vivir dan vida, viviré.

Esta tarde me ha sorprendido la admirable relación que hay entre las diversas piezas de nuestro cuerpo. Una afección cardíaca como la mía repercute en el comportamiento de todos los demás sistemas de forma muy considerable. Me han mirado el estómago, el color de las uñas, la vista, la capacidad respiratoria y hasta la flexibilidad de los huesos.

Más de dos horas se han tirado conmigo observándome con diversos aparatos y técnicas diferentes. Cinco electrocardiogramas, cambiando cables y posturas, sin respirar, respirando y tosiendo, he tenido que soportar durante media hora. No me han dado ninguna clase de información, pero parece ser que no hay motivos suficientes como para posponer la intervención. Quizá lo que más me ha impresionado, dado lo novísimo del sistema, haya sido la incorporación de un isótopo radioactivo a mi sistema circulatorio. Lo seguían a través de una pantalla y sabían exactamente por dónde caminaba y a qué velocidad lo hacía. Se ha paseado tres veces por el interior de mi cuerpo sin que hubiese anomalías de gran consideración. A la cuarta, se ha quedado atascado casi un minuto en el ventrículo derecho: se forma en él como una especie de remolino que revoca parte de la sangre, la cual se queda sin oxigenación; hasta que, de forma imprevista, ha salido directamente a los pulmones. También han encontrado una pequeña comunicación entre las aurículas, lo cual hace que parte de la sangre oxigenada no se reparta por el cuerpo, haciendo sólo el recorrido de la circulación menor: pulmones-corazón, corazón-pulmones.

Eso ha sido lo que yo he logrado entender a través del argot científico que los médicos empleaban o, al menos, ésa ha sido la traducción que he conseguido dar de sus misteriosas y desconocidas palabras.

De momento estoy solo en esta habitación, solo y bastante deprimido. Se me ha pasado un tanto la lírica de mi historia y sólo veo la desnuda realidad. Confieso que hasta ahora gozaba un poco entre esta compasión que por mi mismo sentía; pero ha llegado un momento crucial, el momento de encajar en toda su crudeza una operación que no juega ni poetiza con lo dramático de la situación. Estos días de atrás, entre la tarea de escribir y pensar, acompañado por la familia, sin modificaciones ambientales, lo veía todo un tanto lejano. Sabiendo que no tardaría mucho, pero sin preocuparme en demasía. Hoy ha cambiado el panorama: sé para qué estoy aquí, y además estoy. Lo cual indica que cada hora que pasa es una hora más que he vivido, pero también una hora menos en la pequeña cuenta que falta por llegar. Sé que en el fon-

do es lo mismo, pero superficialmente es tan distinto que parece contradictorio. «He vivido una hora más» revela agradecimiento, esperanza, incluso alegría. «Me queda una hora menos» es una frase triste, con el aspecto melancólico de algo que se escapa para no volver, de algo que se abre al pesimismo de una juventud cortada a cuajo, para ser arrojada a la tenebrosa bruma del infinito. La primera frase es convencional y no me retrata, está puesta sólo para ocupar espacio; la segunda me define, habla del himno angustioso de una vida que sabe su próximo fin, expresa la pequeñez del futuro al ser comparado con la rapidez del pasado.

Aunque quisiera hacer otra cosa no podría, sólo escribir está al alcance de mis posibilidades: no tengo radio, ni televisión, no me he traído libros tampoco; y con una imaginación tan alocada que va de un sitio a otro casi sin detenerse, con una mente tan llena de problemas y oscuros pensamientos, con una pluma en la mano derecha y un cuaderno en la izquierda, ¿qué otra cosa se puede hacer...? Pero eso de escribir que estoy escribiendo es una solemne majadería. Vayamos a otra cosa.

Hay una idea que me persigue desde hace unas horas, algo que yo mismo no me atrevo a confesar, pero que voy a tener que aceptar y desarrollar de pleno para quedarme tranquilo. Es una idea muy etérea y confusa que martillea constantemente en mi cabeza, que a la par de nostálgica es de una realidad impresionante. Es la visión del mundo después de la muerte, lo paradójico de su permanencia después de que me vaya. Me produce un enorme desasosiego pensar que todas mis cosas seguirán vivas después de mí, que las calles de mi ciudad seguirán soportando el paseo de los caminantes, que no cambiará nada, que el cajón de mi mesilla guardará otras cosas que yo no podré usar. Es terrible pensar que el sol seguirá saliendo y ocultándose como si nada hubiera ocurrido, que los ríos seguirán cantando valle abajo, que volverá a haber tormentas y, tras ellas, lucirá en toda su frescura el arco iris. Pero no creáis que me da envidia, ni que deseo llevármelo conmigo. Mi malestar no lo produce el egoísmo. Creo que se debe a la incertidumbre de lo que ha de pasar; quiero decir que, pase lo que pase, a mí ya no me

constará, pues no podré decir si llueve o hace sol, porque no lo veré, ni si una canción me gusta, porque ya habré dejado de oír todas las canciones que se hagan.

Para dejar un poco más clara esta idea, se me ocurre la comparación de la distancia, del espacio. Todos hemos oído hablar de Nigeria, de Chile, de Moscou. Hemos visto fotos y oído noticias de esos lugares. Pero, ¿sabemos acaso que allí existe un hombrecillo llamado Raim que tiene un dedo de menos por un corte de sierra, que hizo ayer cuarenta y nueve años, que quiere casarse y que anda mal del estómago? Todo esto tan sencillo es una realidad, una realidad cualquiera para la que nosotros no tenemos conocimiento.

Pues algo así es la sensación que siento cuando pienso en todo lo que debe ocurrir, en lo que ocurrirá pasado tan sólo un segundo después de mi muerte. Las cosas seguirán sucediendo y mi conocimiento no tendrá la menor posibilidad de alcanzarlas. ¿Me entiendes? Claro que me entiendes. No tiene ninguna dificultad comprender que la vida sigue su rumbo caiga quien caiga, que son muchos más los muertos que los vivos y que, por eso, no ha dejado de crecer la hierba. Entenderlo es fácil, lo difícil es captar el sentimiento.

Y hablando de sentimientos, paralelo a éste surge otro muy parecido y con el mismo matiz fúnebre que el anterior. Los entierros. ¿Quién no ha asistido siquiera a alguno de una persona conocida? ¿Cuántas veces, en la soledad del cementerio, acompañando en el último viaje a algún ser querido, nos habrá asaltado la idea de nuestro propio funeral? Recordamos a Becquer: «Qué solos se quedan los muertos». Se queda grabada en nuestra conciencia la leyenda triste del camposanto: «Como te ves yo me vi, como me ves te verás». Sopla el gélido viento de enero, caen las tinieblas sobre el mundo desnudo, las lápidas de granito se hacen de hielo, el gemido de la tierra entona la tremenda y el hombre, estático, muere cautivo de sus propias emociones. Vuelves con el corazón oprimido pensando que un día te ha de tocar; resuenan en los oídos las paletadas de tierra, sordas, rompiendo contra la caja; y un nudo que ha ido subiendo desde el estómago se aferra a la garganta para

dejarnos sentir el amargor de los que se han ido.

Creo que esta descripción también puede ser capaz de despertar un sentimiento, muy parecido al anterior, pero, si cabe, todavía más profundo e inconcreto.

Imagina, entonces, con qué fuerza, sólo a dos días del final estoy viviendo estas líneas que ahora vas leyendo, cómo me impresionan, y el ahogo que siento a medida que surgen sobre el papel.

Trabajando sobre el mismo pensamiento, y dando la vuelta a la madeja, nos apercibimos de que somos los herederos del mundo, que aquellos que ya no están aquí son precisamente los que nos han dejado su posesión, tal y como yo os dejaré mi hueco. Estamos ocupando el sitio de Cervantes, de Napoleón, de Schiller, de Espronceda, de Gohete, de Miguel Angel. Ellos vivieron y pasaron por los espacios que hoy ocupamos nosotros y sus cosas se perdieron en la noche de los tiempos: sólo sus ideas, sus obras, perduran por encima del olvido y la oscuridad. Remontándonos mucho más atrás, siglos y siglos de historia, hombres salvajes, casi fieras, son nuestro pasado, nuestros abuelos, y de ellos sólo queda una punta de flecha, un hacha de sílex, un bisonte tricolor —amarillo, rojo y negro— sobre la pared de una cueva.

Qué extraño resulta saberse sucesión, cambio, golpe del atrás llegando al presente para irse al futuro, para deshacerse en el futuro y no ser en la mente de nuestros hijos más que en la nuestra son nuestros padres celtiberos.

En este momento en el que todavía cuento en el mundo de los vivos, en este ahora que a ti se te presenta lejano e intrascendente, un ahora que ya pasó hace tiempo, me gustaría saber si has captado lo efímero de nuestras posturas. Y la verdad es que no podré saberlo, porque este momento, el tuyo, dista mucho del mío, y porque, además, hay un cadáver por medio. Así ha ocurrido siempre y siempre seguirá ocurriendo. Yo ya pasé por ello, pero tú todavía tienes que hacerlo. Y de la misma forma en que yo no puedo decirte cómo me ha ido en el trasmundo, tampoco tú puedes decirme si te ha gustado «Mi cuenta atrás».

También tú, lector amigo, puedes dejar un mensaje y hablar con todos aquellos que te sobrevivan. Pero, naturalmente, lo absurdo es pretender que puedan contestarnos. Imagínatelo de la misma forma en que yo imagino el lio que te estás haciendo y el que, sin querer, me estoy haciendo yo.

CÁNTICO

Con la mirada perdida y el corazón seco, víctima resignada, se aproxima el enfermo al taller de la salud. La psico-terapéutica de un doctor actúa sobre el pesimismo de sus ideas y el alambique de la ciencia se posa sobre su cuerpo, haciendo que, poco a poco, florezca el árbol de la esperanza.

El cirujano se le antoja un dios de carne, seguro y fuerte, que no puede fallar en su cometido, que con pulso firme y habilidad extrema devolverá a su organismo el vigor y lozanía que tuvo en otro tiempo. Muy por encima de él, está el Dios de verdad, pero tan alto, que no se distingue desde el foso en que ha caído.

Dentro de sus posibilidades de supervivencia, haciendo un supremo esfuerzo, intenta jugar la baza del deseo, la maravillosa terapia del amor a la vida; y sólo lo consigue a medias...

Enseguida la bruma que avanza desde el horizonte, envuelve sus propósitos en tinieblas, y se desmoronan los anhelos de su espíritu. Sin querer, la canción de vida se trueca en sinfonía de muerte y surgen, otra vez, los fantasmas líricos de su pensamiento torturado: muerte, tétrico, entierro, agonía, cementerio, funeral... que juegan al corro en una danza macabra de tristes presagios.

Un sueño de vanidades atraviesa luego la exagerada fantasía del enfermo. Quiere hacerse inmortal a través de su pluma y el laurel de la gloria se le sube a la cabeza deseando que perdure a través de las generaciones la historia impresa de «Mi cuenta atrás».

En su delirio, se atreve a comentar con los lectores del futuro la diferencia de los tiempos en que les toca vivir. Y a darles el consejo, para no morir del todo, de que dejen su mensaje a los que vienen detrás.

UNO

Me ha visitado el sacerdote encargado de la clínica. Es un hombre lleno de Dios, de palabra fácil y amena y con las teorías más extrañas que jamás he oído. Como es natural, su propósito era confesarme, pero antes hemos hablado de ciertas cuestiones que voy a transcribir por considerarlas muy interesantes.

Le contaba yo cómo la técnica ha logrado rodear de comodidad a los hombres, dándonos unas formas de vida sensiblemente superiores a las de hace cincuenta años. Le hice ver después la desigualdad existente en la distribución de la riqueza, para llevarle a la conclusión de que aún faltaba mucho por hacer. Su respuesta no se hizo esperar. Dijo:

—«La verdadera diferencia, la diferencia monstruosa, se nos presenta al comparar la vida de un hombre del tercer mundo, que tiene que desenterrar las raíces de los árboles para alimentarse y poder subsistir, con la confortable vida de los magnates. Aterra pensar que uno solo de estos supermillonarios podría redimir la azarosa existencia de miles de seres que están pasando hambre. Mientras nuestra pobre razón no se libere del concepto de nacionalidad, mientras sigamos haciéndonos preguntas de cómo se vive en Inglaterra, en Francia, en Méjico o en Vietnam, no habremos conseguido dar el paso definitivo. Hay que superar el concepto de las barreras nacionales, de las barreras étnicas, de las barreras políticas. Países capitalistas, países socialistas, ¿qué más da? Mientras la tierra no sea de los hombres, sin distinguos de ninguna especie, de todos los hombres, mientras haya un solo ser que tenga hambre y otro al que le sobre un trozo de pan, mientras el mundo no sea el extenso país de los terrícolas, no se habrá conseguido la verdadera libertad del hombre.

«Hasta ahora la libertad es un poema de esclavos, es un grito desgarrado de opresión, de oscuridad, de negación. Sientes la libertad, el altruismo y la belleza del mundo, cuando dominado por la tiranía elevas tu corazón a la quimera de lo imposible. Las grandes conquistas, las poderosas revoluciones, el anonimato del heroísmo, no son más que un sueño de frustraciones que eleva a las almas hundidas, que redime la inutilidad de una existencia, que vigoriza los retoños del mundo.

«La épica está hecha de enanos que no quisieron serlo, de medianías que rompieron su lanza contra molinos de viento, incluso de algún cobarde que supo morir en la única empresa que la indignidad, la abulia y el fracaso que envolvían su vida hicieron posible.

«El hombre verdaderamente libre nunca podría sublimar este sentimiento tanto como los presidiarios del mundo lo han hecho. Sólo el que no tiene libertad es capaz de divinizarla hasta el punto de dar su vida por ella, de sentirla entre las libras más rebeldes de su espíritu servil con la desgarradora potencia de las llamadas eróticas. Se enciende la llamada voluptuosa de la independencia, furiosamente evocas el pasado de humillaciones y rompes violentamente con la encadenada opresión que regía tu vida pisando, machacando, triturando, arrasando y muriendo si es preciso, gozosamente, en aras de la abstracción ideológica de la libertad. La palabra libertad sólo habrá conseguido su verdadero sentido cuando ya no sea necesario usarla.»

Curiosas ideas, ¿no? Mi razón, no obstante, no se ha dejado dominar por esas extrañas teorías, y, dejando aparte la disertación que sobre la libertad me ha dado, le he respondido, si no con tanta erudición, al menos con la cordura suficiente para que el peso de mis razones hicieran mella en sus elevados pensamientos sobre la justicia social.

—«Ni usted ni yo poseemos el capital suficiente como para solucionar el problema del hambre, de la cultura y la salud de los pueblos subdesarrollados. Sus ideas son muy nobles pero escapan a nuestras posibilidades. Y no por eso deja de ser un problema nuestro, un problema común, un problema de todos. Ese es precisamente el motivo de que cada uno tenga la obligación de solucionarlo en la medida de sus fuer-

zas. empezando por los problemas más cercanos. los más simples, que, aunque no sean los más graves, son los que tenemos a la vista y podemos remediar un poco. Si actuáramos así todos los que tenemos un poco de sobra, los que componemos la clase media, los que también algunas veces nos sentimos oprimidos, formaríamos una fuerza tan descomunal que la injusticia descendería notablemente sobre la tierra. Y quién sabe si dado este primer paso por la nobleza de la burguesía, no se habrían de contagiar las altas esferas, los grandes magnates y poderosos capitalistas en la tarea común de dotar al mundo de un mínimo de solidaridad, para así transformarlo en el hipotético paraíso que usted pretendía conseguir.»

Pensé también en matizar esas ideas que sobre la libertad había expuesto. Pero me di cuenta que era pura teórica, que ni él mismo creía lo que me estaba diciendo y que sólo un desmedido afán de grandilocuencia y verborrea guiaba sus palabras. Me ha parecido una concepción muy etérea de la libertad, y no he creído oportuno hacer comentarios al respecto. Para mis adentros, he pensado que le ha salido un discurso muy bonito, altisonante y eufórico, capaz de arrastrar a las masas, pero hueco y sin fondo real.

Más de una hora hemos estado hablando, arreglando el mundo, de todo lo divino y lo humano. Algunas de estas ideas no serían bien vistas por la censura, por lo cual prefiero silenciarlas.

Después me he confesado y todo mi espíritu ha quedado rebotante de tranquilidad. Sus últimas palabras han quedado tan grabadas en mi corazón que puedo transcribirlas textualmente: «Piensa que tu problema no debe alligarte. Dios es tan grande que aun teniendo la mejor salud del mundo puede aniquilarte de inmediato; y, con una bala en el corazón y desangrado, puede hacer que tu vida se prolongue hasta los cien años. A Dios no le condiciona nada, ni la salud ni la enfermedad. Si tú te confías a El, ten por seguro que el porcentaje de éxito se agranda considerablemente». Y han sido estas alentadoras palabras las que me han dotado de una serenidad especial. Máxime cuando he pensado que no todo el mundo tiene la oportunidad de prepararse para morir en gra-

cia de Dios. Si El no me deja pasar adelante, asegurándome la gloria a los veinte años, quizá sólo sea en evitación de males mayores; puesto que si el curso de la vida continuara, quién sabe por qué extraños senderos habría de perderse mi espíritu.

Durante toda mi vida he mantenido batallas interiores ante el problema de los absurdos de nuestra religión, así los denominaba yo. No ya ante los misterios, que quedaban marginados gracias a la fe que poseía, admitiéndolos de buen grado, en una postura que creo haber definido hace días. Estos absurdos a que me refiero son más intrascendentes, menos fundamentales. Pero si se quiere, y precisamente por eso, capaces de acabar nuestra vida religiosa, apagando una línea de conducta que nunca deberíamos abandonar.

Me preguntaba yo por qué hemos de programar la forma de nuestra religión con una exactitud matemática, delinquiendo siempre que nos apartábamos de sus normas: todos los domingos, misa; los viernes de cuaresma, ayuno y abstinencia; antes de comulgar, una hora sin comer; para bautizar, hay que decir en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y en la confesión tenemos que rezar el Señor Mío Jesucristo y el Yo Pecador para rematar después con una penitencia puesta a capricho del confesor.

Todas estas cosas y muchas otras sublevaban mi espíritu dejándome como sin fuerzas ante lo innecesario y formalista de los detalles.

No he visto con buenos ojos las bulas, ni las misas pagadas para la salvación y provecho de quienes podían hacerlo, ni que las autoridades fuesen bajo palio, ni que los sacerdotes y obispos doblegaran su cabeza en sumisión a la política.

Siempre pensé que en materia religiosa lo que contaba era el fondo, y que la forma era accidental y advenediza, variable con el transcurso del tiempo, cosa que se ha visto palpablemente en las decisiones del último concilio. No obstante, esa forma, con todas sus mudanzas, debe mantenernos atados y sometidos, sin rebeldías, acatando sus órdenes en un sencillo acto de humildad y obediencia.

Esa es la más poderosa de las razones para la existencia de los

absurdos formales del catolicismo: la humildad que se necesita para seguir a rajatabla la senda de su capricho, es decir, del capricho del tiempo en el que vive la Iglesia.

Viene a ser algo así como algunas órdenes que se dan en el ejército, que no tienen más finalidad que la de ser obedecidas, ejercitando al soldado en la sumisión, el respeto y el cumplimiento de las ordenanzas.

Por supuesto que tan sólo aquellos que mantienen su fe, son capaces de aceptar la exigencia puntillosa del catolicismo. En cambio, aquellos que la han perdido, ven en todo esto una disculpa para seguir haciendo su capricho e interpretar la religión de una forma muy personal, tanto que la mayor parte de las veces ni siquiera se exigen un sacrificio.

De todas formas, y a pesar de otros muchos adelantos que nuestra religión ha conseguido en los últimos tiempos, el paso más trascendental, según mi punto de vista, lo ha dado al admitir que la salvación se puede conseguir bajo la tutela y observancia de cualquier doctrina, siempre que no se violen las leyes de la moral natural, es decir, aquellas que todos llevamos dentro según el dictado de nuestra conciencia.

Desde el día en que tuve la certeza de que mis horas estaban contadas, no he hecho sino intentar deciros algo que mereciese la pena, algo que me convenciera a mí mismo por su grandeza o su importancia; pero no lo he conseguido. Sé que no os he enseñado nada, que mi trabajo para al exterior vale muy poco y que nadie que lo mire objetivamente puede ver en él los méritos que yo le concedo. No obstante, tengo motivos más que suficientes como para estar satisfecho de su realización: el más importante de ellos estriba en la alegría que supone saber que he terminado algo a costa de sacrificio personal y esfuerzo continuado: un libro, un testimonio de mi paso por el mundo. Después, independientemente de su posesión, atendiendo sólo al proceso de su realización y ejecutoria, nos encontramos con algo verdaderamente singular: en un principio estaba vacío, no tenía nada dentro y no sabía de qué tratar. Sólo cuando me puse manos a la obra y empecé a escribir renglones y renglones, empezaron también a surgir ideas, pensamientos, problemas, soluciones, descubrimientos que desconocía por completo. Quiero decir

que el primer sorprendido por los resultados de mi dedicación he sido yo. Nunca hubiera sospechado que por el interior de mi cabeza anduvieran sueltos tantos cabos, que era forzoso reunir y soldar. Por supuesto que todavía seguirán bailando otros muchos y que es muy difícil dar con ellos; pero algunos más conseguiré sujetar.

Lo que quiero dejar bien claro es que todo lo que os he contado en estos días lo he ido descubriendo a medida que escribía y, de no haber sido por la operación, todavía seguiría sin saberlo. Es, pues, la pluma un maravilloso medio para realizarnos: para buscar dentro de nosotros mismos lo más auténtico de nuestra esencia. No lo dudéis ni por un instante, todo aquel que se ponga a trabajar con unas cuartillas y un lapicero, descubrirá cien universos y tomará contacto con una problemática que momentos antes desconocía. Quizá, como decía antes, sean cosas tan particulares y subjetivas, que sólo al mismo escritor pueden interesar. Pero aun así, es decir, escribiendo sólo y exclusivamente para provecho particular, aun así digo, está justificado el hecho.

Todos cuantos han muerto, de haberlo sabido con anterioridad, nos habrían dejado un legado de pensamientos, de interrogantes, de deseos tan sumamente interesantes que harían de este libro algo tan intrascendente y sabido que no merecería la pena haberse molestado en escribirlo; y, por supuesto, tampoco merecería la pena que nadie se interesara por su lectura. Pero como lo corriente es que la muerte llegue sin avisar, sin conceder un plazo y sin que el mismo interesado siquiera lo sospeche, son muy pocas las personas que han tenido la ocasión de dejar definida su postura ante tales circunstancias. A mí me ha sido concedida esa oportunidad y he querido aprovecharla, no sé si con mucho o poco acierto, pero sí sabiendo que he puesto en ello el máximo interés, toda mi nobleza y, por supuesto, sinceridad, mucha sinceridad.

Quizá penséis que abuso de esta palabra, de esta idea, y es fácil que no os falte razón; pero no he podido encontrar un argumento más sólido para definir el fondo de estas páginas y por eso no me arrepiento de usarla tan frecuentemente y darle tanta importancia. Es más, si el título que tengo pensado no fuera tan sonoro y oportuno, no os quepa duda

que bastaría esa simple palabra «sinceridad» para darme por satisfecho situándole en la cabecera de mi obra.

Predispuesto y resignado, pidiendo a Dios que haga lo que más convenga, pero con la esperanza de que lo que más convenga sea devolverme la salud, he dado el primer paso consciente hacia los acontecimientos de mañana: he llamado por teléfono para dar cuenta de la certeza de la operación. Se ha puesto María José, la más pequeña de mis hermanas, diez años, y, al no haber nadie más, ella ha sido la portadora de la noticia. Me ha dicho que ya lo sabían y que esta noche salían todos para Madrid.

Al reconocer su voz se me ha puesto un nudo en la garganta y no he querido seguir hablando. Me he despedido y he colgado el teléfono con tal estado emocional que no acertaba a dejarlo en su sitio.

Luego me he puesto a pensar en todos y cada uno de mis hermanos, en el cariño que me tienen y en el que yo les tengo, en lo extraño que les resultará mi marcha y en el tiempo que debe pasar antes de que se les olvide mi recuerdo. Ha sido un rato de penoso sufrimiento, pero tan emotivo que, a la par de sufrir, me sentía invadido por un gozo verdaderamente exquisito.

En días pasados hablaba de una especie de felicidad que junto al dolor existe y que aún no había experimentado; creo que hoy lo he conseguido. No sé si por esto se me puede tildar de masoquista. No me importa. Sólo sé que el placer que se obtiene dista mucho de ser una sensación completa y definida: se halla envuelto en una gasa de amargura y frustración que, al saborearlo, quema.

CÁNTICO

Ni la más humilde y escondida hierbecilla, flagelada por el viento, es capaz de cimbrarse a su paso sin el consentimiento expreso y decidida voluntad del Señor. También tú, pobre enfermo, a pesar de la libertad que te ha concedido, permaneces bajo su tutela y amoroso cuidado. Aquel que tiene poder de vida y muerte, El, que sujeta las estrellas y domina las tempestades, sabe de tu sufrimiento y ansiedad. ¡No lo des más vueltas! Y confía en su misericordia, en su clemencia, en su piedad...

Se ha hecho la luz en el laberinto de tu vida al descubrir al Dios de los afligidos, al Dios de los desconsolados, en el mismo Dios omnipotente que rige el universo.

Ya ha descendido el cielo hasta tu mundo y se llena el corazón de paz y el alma de armonías. Si le tienes a El como aliado, ¿qué puedes temer?

«Tus enemigos nada pueden contra tí, porque tu mano la guía el Señor». Los espectros que te hicieron padecer en días pasados se han trocado en muñecos de cartón y aquel gesto de terror es ahora una sonrisa confiada que te invita al Paraíso.

Todavía no has ganado la batalla; pero augura tu victoria ese yelmo de tu frente pensativa, la coraza de valor que hay en tu pecho y la espada que en tu brazo se ha batido noblemente sobre el campo blanquecino de las hojas de papel.

Dios ha dado a la contienda el aspecto que ahora toma y el guerrero afortunado que se sabe un simple medio en la victoria, agradece los favores recibidos, acusando humildemente que no es digno de laureles y que sólo su aliado ha ganado para él esta batalla.

CERO

En torno a mi cama se ha congregado media familia. Ciertamente no esperaba que fuese tan masiva la afluencia de visitantes. Creía que habian de venir bastantes, dado que debe ser opinión generalizada la suposición de que no voy a salir de ésta; pero mis pronósticos se han visto rebasados ampliamente: tíos y tías, primos, amigos de la familia y todos mis hermanos, se han dado cita en la habitación 207.

Mi dominio de la situación se ha hecho patente, escudándome en la ignorancia, de forma que no he podido dejar dudas al respecto. He pasado un trago de más de una hora conversando con todos, escuchando sus palabras y contestando amablemente sus preguntas. Mi humor ha dado notas alegres al funeral y han debido llevarse la impresión de que estoy completamente engañado.

Mi madre ha cambiado el ritmo de la reunión al preguntar si me habia confesado. Su conciencia no la dejaba pasar por alto el detalle de preocuparse por mi vida espiritual y es seguro que de haberla respondido que no se hubiera sincerado hasta el punto de contarme toda la verdad. No ha sido necesario que lo hiciera ya que diez minutos antes de que llegaran habia recibido la comunión y así se lo he dicho. Había tal peso sobre su conciencia que, al sentirse libre, su rostro se ha transfigurado hasta el punto de poder esbozar una sonrisa, que luego ha mantenido durante todo el tiempo que ha durado la visita. Es muy difícil conseguir llegar al fondo de los sentimientos ajenos, pero cuando, como en este caso, son tan transparentes, cuando se dejan traslucir con tanta fidelidad, entonces podemos llegar a la conclusión de que nuestro margen de error es muy pequeño. De ahí que me atreva a afirmar que, ante la duda del éxito o fracaso de la operación, el gusanillo que roía las

entrañas de mi madre era el desconocimiento que tenía sobre los medios que hubiese puesto por conseguir la salvación de mi alma. Una vez que lo ha sabido, la muerte ha dejado de asustarla, considerando que es un paso necesario para llegar a la gloria. ¡Que allí podamos reunirnos...!

Antonio permanecía silencioso y con cara preocupada. Me ha dado la impresión de que estaba molesto con todos, porque era el único que sabía que estaba fingiendo. Me comprendía.

Eran ya las once de la mañana y nadie tenía prisa por irse. Yo necesitaba un mínimo de dos horas para poder leer el conjunto y siquiera otras tres para escribir algo sobre la última jornada. No había más solución que encararme a ellos y decirles que necesitaba estar solo: pero no me atrevía a hacerlo. Por otra parte el giro que había tomado la conversación no era el más indicado para hacerme el fuerte. Tomé, pues, la decisión de hacerles ver la firmeza de mi postura. Llamé al timbre, acudió la enfermera, y abriéndose paso entre todos los presentes preguntó la causa de la llamada. Haga el favor de decir a todos estos señores, le dije, que necesito descansar durante unas horas, que se vayan a dar una vuelta y no vengan al menos hasta después de comer.

—Antonio, quédate un momento.

Un rayo que hubiese caído no hubiera hecho el mismo efecto que mis palabras. Salieron atropelladamente, ruborizados e incómodos. Sólo los más allegados, entre ellos mis padres, se hicieron los rezongones e intentaron protestar ante lo inesperado del suceso.

—¡Hale, hale! —volví a decirles—. Sólo quiero que se quede Antonio, él os explicará después.

De esta forma, un tanto violenta, pero efectiva como ninguna otra, conseguí quedarme a solas con mi hermano mayor.

—Antonio, esta medida obedece a que necesito tiempo para terminar de escribir un libro que tengo entre manos. También tú tendrás que dejarme cuando te diga lo que debes hacer. Si ocurre lo peor, en la mesilla te encontrarás con una serie de papeles que he escrito en los diez últimos días. Te hago responsable de ellos para que intentes publicarlos

por todos los medios a tu alcance. Su título será «Mi cuenta atrás» y no debes omitir ni silenciar nada de lo que diga en él. Sólo si tiene alguna falta de ortografía o si la censura considera que hay algo inadecuado, debes corregirlo en el primer caso y suprimirlo en el segundo. Cuando salgas puedes decir a los demás lo que se te ocurra, cualquier cosa con tal de que no vengan otra vez. De esto también debes encargarte, de que nadie, bajo pretexto alguno, vuelva aquí, al menos hasta pasadas cinco horas. Naturalmente, los médicos y enfermeras quedan exceptuados. Ahora vete.

No sabría definir la expresión que asomó a su cara. Creo que estaba todavía más sorprendido que todos aquellos a los que había mandado salir. Por eso, antes de que se fuera, le pregunté si me había entendido. Al decirme que sí, le repliqué:

—Pues, ¡hale!, a montar guardia.

Si no hay contraorden la operación deberá empezar a las cinco de la tarde.

Siento que el tiempo se acaba y que no he escrito nada. Me parece tan poco...

Hace un rato he terminado de leer lo que os he contado en estos días, y a fuerza de ser sincero, he de decir que me ha gustado. Pero siento que falta algo, algo con lo que no doy y que debe ser muy importante. Quizá sea que todo es importante y que todo es mucho, demasiado, para poder ser expuesto en unos días y por un muchacho de mi edad. Algunas cosas son tan insignificantes, tan intrascendentes, que no concibo por qué las he tratado, cuando realmente os quería decir mucho más. Pero no hay tiempo para correcciones ni nuevas ideas. Lo hecho, hecho está, y aquí queda. Además, también lo pequeño, lo baladí, tiene su importancia; más grande de lo que a simple vista parece.

Cuando mis amistades se enredaban en una conversación yo, por lo general, callaba. Creía que no merecía la pena charlar sobre temas que carecían de importancia. Me sentía superior a ellos y les dejaba hablar sin siquiera prestar atención a lo que decían. ¡Cuán equivocado esta-

ba...! Ellos vivían. Quizá sin haberse parado a pensarlo, daban a las pequeñas cosas la importancia que tienen. Defendían sus puntos de vista, rebatían al contrario, ponían testigos y se apoyaban en las autorizadas opiniones de otras personas. Todo con un calor y un ánimo que verdaderamente me sorprendía. Por eso digo que ellos vivían. Yo, por el contrario, me sentía importante, superior. Pero no era verdad, no vivía.

Ahora lo comprendo perfectamente, comprendo esa vida pletórica y llena de cosas pequeñas, de cosas que se aman y que se sienten, de cosas que se defienden con todo el ardor de un amante. El amor hacia todo, por todo y de todo, es algo esencial: amar los pétalos de una flor, el peso de una hormiga, los colores de un vestido y la velocidad de un viaje: amar a las cosas pequeñas, a la vida toda. Creo que eso es vivir. Y ahora que lo sé, tengo que despedirme. Pero, como ya estoy hecho a la idea, no voy a lamentarme más, que ya he llorado bastante.

Volviendo otra vez sobre la impresión que la lectura de todo esto me ha producido, es obligado el decirlo que me ha hecho sentir importante. Dije que iba a ser sincero y por eso no puedo omitirlo, aunque mi modestia así lo exija. La mayor parte de las cosas que cuento se refieren a la vida, a cualquier vida, y se hallan envueltas en un halo de profundidad, de misterio, de añoranza, que le da cierta emoción. Son cosas que cualquier hombre podría pensar y sentir en unas condiciones similares a las mías; y, por eso, porque a todos nos gusta ver en letras de molde aquello que podríamos haber dicho, es por lo que creo que, si algún día se editan estas páginas, en la práctica las memorias de mis diez últimos días, han de gustar al público.

Hay otro factor que continuamente me ha animado a escribir esta historia, a pesar de las incomodidades y el trabajo que supone hacerlo en estas condiciones, ha sido la esperanza de que quien la leyera procure ver en ella un atenuante para medir a aquellos que no poseen salud; que vea ese legado de valores que pueden hacer de un enfermo un ser tan profundo como cualquier otro; y que intuya, por fin, cómo, con o sin malicia, pueden ser víctimas de la incomprensión y malentendidos que hagan aún más penosa su marcha por la tierra. Por eso, sal-

tándome todas las formalidades clásicas, quiero en este mismo momento dedicar mi libro, con toda la admiración y respeto del que soy capaz, a los enfermos de todo el mundo y, ¿por qué no?, con ellos a los médicos y cirujanos que han puesto su ciencia al servicio de la salud universal. Sin olvidar, por supuesto, a las amables y sufridas enfermeras, verdaderas heroínas en la eterna guerra contra el dolor y la muerte.

Quiero dar un último matiz a esta obra, un matiz que, si eres un poco observador, ya habrás percibido. De todas formas voy a hacerlo resaltar para aquellos que no se hayan dado cuenta. Se trata de su carácter confesional, aunque quizá esté mal empleada la palabra. Mejor diríamos penitencial, es decir, todo lo que tiene de sacrificio, de remordimiento, de pesar, de esfuerzo.

Siempre me he considerado un poco apático, flojo, desganado y lleno de miedo ante las fuerzas de la vida. Presiento, no obstante, y no lo digo por disculparme, que parte de la culpa de mi falta de ánimo ha sido una consecuencia de la enfermedad padecida. Pero, quién sabe si sucedió al revés: es decir, que la enfermedad haya sido provocada por mi laxitud y abulia. Un poco tarde ya, y ante la visión de la próxima muerte, me he dado cuenta de ese defecto que apagaba mi alma y me destruía el cuerpo con más rapidez de lo que cabía esperar. Por eso quiero denunciar este apocamiento y arrepentirme de no haber sabido rebelarme. Sólo en estos últimos días he luchado contra él y, a pesar de que casi me tenía vencido, he procurado dominarlo con todos los medios a mi alcance. No me he concedido descanso ni tregua, y creo que eso debe merecer la victoria. Siquiera, batallando contra el ocio, he dignificado el final de mi vida.

Sin saber cómo ni por qué, pero ciertamente muy a propósito, me ha venido a la memoria el recuerdo de aquel adagio clásico: «Conócete a tí mismo» y no he podido resistir la tentación de hacer un comentario al respecto. Quiero decir que, gracias a estas exploraciones que sobre mi vida y pensamiento os he ido ofreciendo en días pasados, he llegado a la convicción de que me conozco mucho mejor que antes. Sé que este conocimiento, en potencia, existe dentro de todos y cada uno de noso-

tros; pero es necesario trabajar intensamente para llegar a descubrirlo. Lamento, no obstante, haber tardado tanto en llegar a la posesión de este dominio, puesto que, si esto mismo hubiere ocurrido hace unos años, fácilmente no me vería de la forma que me veo, ni faltaría tan poco para dejar de verme.

Estoy mirando a la muerte cara a cara y no me asusta, no tengo miedo. Sé que voy a morir y aunque me cuesta dejar el mundo, la desesperación se ha quedado atrás, la curiosidad del infinito ha mordido mi espíritu y el deseo de llegar hasta Dios puede más que las atracciones terrenas.

Quizá en el interior de mi subconsciente brille con luz propia la absurda idea del éxito. Pero mi razón mantiene una batalla en la que la idea de vida va cediendo terreno acosada por la vieja guadaña. Por otra parte, no soy yo, ni mi razón, quien decidirá el futuro. Dios tiene la palabra y El sabrá lo que debe hacer. A El me confío y en sus manos descansa el torbellino de mi espíritu que, por si solo, sería incapaz de elegir lo mejor.

Ahora, deseo hacer constar mi incondicional sumisión a la doctrina de la Iglesia Católica. Por eso, si de todo lo expuesto en este libro, hubiese algo que sonara a herejía, siquiera una palabra que no estuviera de acuerdo con las enseñanzas del catolicismo, sabed que me desdigo de ella y rectifico hasta ponerme de acuerdo con los dictados de nuestra Iglesia. Hago esta salvedad porque me parece que en los últimos días, y aun antes, he tocado frecuentemente un terreno que debía estar reservado a los teólogos y ministros de Dios. De esta forma, mi conciencia se queda más tranquila y salgo al paso del escándalo que, en caso afirmativo, se podría producir con la lectura de estas páginas. El Señor sabe que en mi intención no ha estado polemizar, ni rebatir su doctrina.

Ayer, leyendo un libro de poesía en la biblioteca de la clínica, y para rematar estas páginas, tuve una excepcional idea que habréis de ver más adelante. De momento, quisiera apoyarla con unas consideraciones que creo resultarán interesantes. Allá van:

En la historia de la humanidad, el progreso se ha visto condicionado

siempre por algo muy simple, por algo que todos conocemos, llamémoslo experiencia. Todos los hombres han basado sus inventos, sus consideraciones, en trabajos ya realizados por otros hombres. Lo que cualquiera hace puede ser aprovechado por los demás, para seguir adelante en el camino de la perfección. Y he aquí que yo he descubierto algo que nunca sería capaz de igualar, algo que, además, viene como anillo al dedo para poner punto final a esta historia. Se trata de la maravillosa poesía de Dámaso Alonso titulada «Copla». Por eso, pidiendo perdón por mi atrevimiento, pero con la convicción interior de que no hago sino seguir los impulsos de mi admiración por el poeta, y mi reconocimiento hacia el pensador, voy a transcribir aquellos sublimes versos que un día escribió el que es hoy una de las más grandes figuras de la literatura nacional.

Pero, antes, quisiera decirte que me gustaría que cuando leas la «Copla» te sientas un poco como yo: impotente, con ganas de hacer algo, de decir algo, pero sin poder hacerlo ni decirlo; que veas en el fondo de tu corazón que algún día, quizá no muy lejano, habrás de pasar por este mismo trance. Entonces te darás cuenta de lo poco que hiciste y de todo lo que quisieras hacer.

Ya no me queda tiempo. Y mucho mejor que mi queja, mucho mejor que mi lamento, que sólo sabría darte una pobre visión de todo lo que falta en el interior de mi ser, es que oigamos la voz del maestro, la poética voz de Dámaso Alonso, en unos versos tan sentidos como profundos, que sirven de broche de oro al libro que un moribundo escribió para ti:

COPLA

La copla quedó partida.
No la pude concluir.
Y era la copla mi vida.
(Morir, palabra dormida,
¡cómo te siento latir!)

Bien templado el instrumento
y a medio giro el cantar,
llevóse la copla el viento
(¡vida, cantar soñoliento!).
y no la pude acabar.

(Dámaso Alonso)

En Madrid, a 14 de febrero de 1960.

Jesús González.

ACLARACIÓN FINAL A MODO DE EPÍLOGO

Los cánticos que aparecen al final de cada capítulo fueron escritos por mí mismo unos meses después, cuando recobraba la salud, pude pasar de protagonista a crítico de mi propia obra. Intentan dar una visión resumida, un tanto lírica, un tanto alegórica, de lo acontecido a lo largo de cada jornada.

El último día, es decir, el capítulo cero, carece de cántico porque consideré que cualquiera que fuese su contenido, por muy cuidado y pulido que estuviese, nunca podría llegar a competir con la fuerza, la profundidad y la belleza con que Dámaso Alonso trata a su poesía.

Y la vida, esa rueda que carece de lógica, sigue girando.

En Avila y en el mes de Julio de 1989

El Autor

DECLARACIÓN FINAL A FAVOR DE ESPAÑA

Yo, el Sr. D. [Nombre], de nacionalidad [País], con D.N.I. [Número], en virtud de lo establecido en el artículo 1.º de la Ley Orgánica 16/1995, de 1 de noviembre, de Régimen Electoral General, declaro que he sido elegido para el cargo de [Cargo] en el [Municipio] de [Provincia] de [País] en las elecciones de [Fecha] y que he aceptado el cargo y me comprometo a desempeñarlo con lealtad y diligencia.

En fe de lo cual, en [Lugar] a [Fecha], he firmado esta declaración.

[Firma]

[Firma]



Institución Gran Duque de Alba

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	5
DIEZ	11
Cántico	18
NUEVE	19
Cántico	27
OCHO	28
Cántico	36
SIETE	37
Cántico	45
SEIS	46
Cántico	54
CINCO	55
Cántico	62
CUATRO	63
Cántico	71
TRES	72
Cántico	78
DOS	79
Cántico	87
UNO	88
Cántico	95
CERO	96
Copla	103
ACLARACIÓN FINAL A MODO DE EPÍLOGO	105

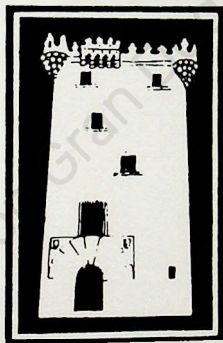
1200-1

Institución Gran Duque de Alba



TITULOS PUBLICADOS

- **Sangre en la Tierra / Paramera**, de Juan García Damas.
- **Nos dejan solos**, de Gonzalo Jiménez Sánchez.
- **El turno de los malditos**, de Guillermo Blázquez Bestard.
- **Amada mía**, de Juan Luis Fuentes Labrador.



INSTITUCION GRAN DUQUE DE ALBA
EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL DE AVILA